

VICENTE PESQUERA VALLENILLA

EL GRAN MARISCAL DE
AYACUCHO



JOSÉ ANTONIO SUCRE

Y
EPISODIOS ORIENTALES

RAGOS BIOGRÁFICOS
DEL
GRAN MARISCAL DE AYACUCHO



RASGOS BIOGRÁFICOS

del

Gran Mariscal de Ayacucho

DON ANTONIO JOSÉ SUCRE

Y

EPISODIOS ORIENTALES

POR

Vicente Pesquera Vallenilla



BARCELONA
Casa editorial Maucci
Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1050 al 1065

1910

Compuesto en máquina **Typograph**.—Barcelona



— — — HÉROES DE LA BAT



General José Carratalá



General José Canterac



Coronel Isidro Suárez
jefe superior de las fuerzas del Ecuador "Eugenio Espejo"



General José
jefe de las fuerzas libertado



General José
último y
y jefe superior de las

BATALLA DE AYACUCHO



Antonio Sucre
en el combate de Ayacucho



General Jerónimo Valdez



General Antonio Monet



José de la Horna
en el combate de Ayacucho



Á MIS HIJOS

Diego José y José Vicente Pesquera León

No tengo riquezas que ofreceros; pero en cambio os brindo el fruto de mi pobre ingenio. Cuando en la edad madura leáis estas páginas, no busquéis en ellas el mérito literario de que adolecen, sino el amor que os profesa

Vuestro Padre,

Vicente Pesquera Vallenilla



Rasgos biográficos
del Gran Mariscal de Ayacucho
Don Antonio José de Sucre

No nos mueve al escribir estos rasgos biográficos la pretensión de que ellos sean una obra acabada, que pueda darle más fama y renombre al preclaro Capitán de la Independencia americana, don Antonio José Sucre. Sólo buscamos, aunque nuestras facultades intelectuales no correspondan al esfuerzo superior que hacemos, dar á conocer gran número de episodios que hacen más gloriosa la brillante carrera de tan ilustre campeón, ya que las historias que sobre nuestra santa emancipación política se han escrito, los silencian, como silencian y oscurecen muchos méritos de no pocos de nuestros grandes hombres.

En un día plácido y de bellas auroras,

cuyas bellezas aumentaba el diáfano cielo de la ciudad gentil del Manzanares, tan pródiga en héroes como en sobresalientes escritores, nació en Cumaná, por los años de 1794, don Antonio José Sucre, de estirpe distinguida y de nobles y virtuosos padres, quien recibió una educación cónsona con el régimen de enseñanza de aquellos tiempos.

Desde muy niño, este predestinado de la Providencia dió notaciones sobresalientes de valor, al mismo tiempo que, unido á una gran modestia, desarrollábase en él un genio extraordinario, que acrecentándose, lo hizo pronto conocer como una de las esperanzas de la cautiva América, en la inmensa lucha de Independencia que iba á sostener el Nuevo Mundo, contra los eternos dominadores del pueblo que le legara libre Colón á España y que esclavizaron los Reyes de Castilla.

Deshecha la tempestad revolucionaria, desplegado á todo viento el pendón de libertad, armados todos los brazos en defensa de la oprimida Patria, surge Sucre muy joven aún, á la escena pú-

blica, é incorporándose al gigante movimiento de 1811, que conmovió el corazón de la América Latina, recorrió toda la escala militar desde soldado; y cuando cambió el fusil del recluta por el sable del subteniente, fué para contrarrestar en la Sabana del Salado el formidable empuje de las numerosas fuerzas del beduino Boves, á las órdenes de aquel Piar heróico, que blandió su esterminador acero contra los tiranos para ser pasado por las armas el día más desgraciado que cuenta la América republicana: 17 DE DICIEMBRE DE 1817!

En nuestro afán por buscar la verdad histórica, y darle publicidad á todos los episodios que enaltezcan la sagrada memoria de nuestros libertadores, creemos oportuno, antes de seguir adelante, dirigir una mirada retrospectiva hacia los servicios prestados por la familia Sucre á la Causa de la Independencia, para que se conozcan hechos que viven ignorados y que influyeron en mucho á formar el noble corazón del héroe de Pichincha y contribuyeron á inmortalizarlo.

Don Vicente Sucre, padre del vencedor en Ayacucho, era para 1810 Comandante del ejército del Rey. La prepotente revolución americana lo sorprendió en ese grado, y en 1811, renunció su encargo para ofrendarle á la renovadora idea republicana, sus riquezas, sus hijos y su vida.

Cuando estalló el movimiento político, el memorable año de 1811, ese movimiento que tuvo por mártir á Miranda y por trofeos las matanzas de Monteverde, don Vicente Sucre se pronunció por él, y abrazó desde entonces con ardimiento la causa patriota, siguiéndole sus hijos en esa senda de gloria. Por orden suya, se incorporaron al ejército republicano 150 esclavos que contaban sus haciendas invirtiendo su inmenso caudal en los gastos de la guerra.

Desde el principio de la lucha la suerte le fué siempre adversa á esta ilustre familia. Bregar por una santa causa fué la misión que les trazó el destino á los nobles hijos del desinteresado patricio, para que todos ellos fuesen fusilados y

asesinados despiadadamente. Parece increíble, pero en la vida de ciertos seres hay siempre un fatal designio, que los persigue y anonada, que los abate y confunde, hasta conducirlos á los trágicos fines de una suerte dolorosa.

Ardía, cual enrojecida pira la guerra de Independencia; las ciudades estaban convertidas en campamentos; no irradiaban las claridades del día sin que los rayos indecisos de la aurora, iluminasen una escena de muerte, y no reclinaba su cabellera de fuego el Astro Rey en su inmenso ocaso, sin antes calcinar una charca de sangre y calentar mil abiertas sepulturas! Días de duelo yo os bendigo, porque de enmedio de vuestros horrores surgió la libertad de mi Patria, como surge del noble corazón el ideal del amor eterno!

El primero de los hijos de don Vicente Sucre, que pereció al filo de la cuchilla realista, fué Pedro. Gallardo y resuelto, tenía el porte marcial de aquella juventud robusta que á esfuerzos propios supo despedazar las cadenas de la esclavitud y emanciparse de la co-

yunda ibérica. Mandaba el batallón *Colombia*, uno de los cuerpos que concurrieron al desdichado sitio de La Puerta, donde parecía habitar el Demonio del Averno, pues en dos^o ocasiones fué el sepulcro del ejército republicano. En ese campo funesto, traba Mariño el ínclito, sangrienta brega, lo despedaza Boves, y hecho prisionero el joven Sucre, es asesinado por las hordas del temible asturiano, de aquel Boves que jamás conoció la clemencia.

Desencadenada la horrisona tempestad, dado el grito aterrador de guerra á muerte, grito que hizo estremecer de uno á otro confín la América del Sur, ocupa Boves á Cumaná, y entre sus víctimas cuéntase Vicente Sucre, alevosamente asesinado.

Abiertas aún las heridas que lacerarán el corazón de aquella noble familia, á quien tan costosa se hacía ya la Independencia, sucédese el combate de Carriaco entre las tropas de Cerveris y Bermúdez, en que derrotado este último, deja en poder del vencedor gran número de prisioneros, entre ellos Francisco

Sucre, quien es fusilado en la plaza principal de aquella población, cuando apenas contaba veinte años; y Carlos Sucre, el cuarto de estos mártires, hijo también del eminente patricio don Vicente Sucre, es sorprendido en la costa de Güiria por los verdugos de sus hermanos, quienes lo asesinan en el acto, destinándosele al Mariscal de Ayacucho, á Berruecos, esa montaña maldecida, para que en ella fuese víctima del más alevoso crimen!

La sangre de esta noble familia fecundó el árbol de la libertad, y bajo su sombra descansan sus restos mortales, custodiados por el Angel de la América Independiente!

Rezan las crónicas de aquellos tiempos, que en el año de 1822, habiendo llegado á Cumaná de guarnición el batallón *Orinoco*, era su segundo jefe uno de los esclavos de don Vicente Sucre, de nombre Anselmo, quien inmediatamente le llevó un pequeño saco que contenía la cantidad de 300 pesos, diciéndole que ese era el valor de su libertad. Ya para entonces había alcanzado

don Vicente Sucre el grado de Coronel de la República. El Coronel convidó á almorzar al Comandante del batallón *Orinoco* al siguiente día, quien tuvo que aceptar en la mesa el lado derecho de Sucre, por exigírselo así el Coronel. En el plato tenía los 300 pesos y su carta de libertad con estas frases al pié: «Un libertador, un soldado de la República, no puede ser esclavo. Eres mi compañero de armas.»

Hermoso rasgo de generosidad, hijo sólo de aquellos hombres, de grandes virtudes republicanas!

Educados en la escuela del honor y la moral los hijos de don Vicente Sucre, supieron hacerse dignos del nombre que heredaran, y de ahí que el vencedor en Tarqui, poseyera esa nobleza de alma que tanto lo enaltecíó en su brillante carrera pública.

Como ha dicho un escritor venezolano, que las reglas sólo se han hecho para las medianías, el General Sucre prescindió siempre de ellas, é hizo prevalecer sus dotes de hombre extraordinario y la generosidad de su corazón,

para glorificar la causa de la Independencia cada vez que fué necesario.

En 1814, librada la batalla de Maturrín, gloriosa para las armas republicanas, se propuso el General Sucre, entonces Coronel, recorrer el campo de batalla; en su excursión encontró dos españoles bajo un árbol, con los fusiles apoyados en el tronco; el uno, catalán, se llamaba Palau, el otro el sargento Rodríguez. El General Sucre les advirtió el inminente peligro de muerte que corrían si alguna partida patriota los encontraba. A esta advertencia replicó Palau: «Que vengan, que vengan, que nosotros no pasamos de aquí, como Cristo no pasó de la cruz»; y mostrándole los piés, que tenían sumamente hinchados, probaron la imposibilidad en que se encontraban para huír. El General Sucre ordenó inmediatamente á su ordenanza echar pie á tierra, é hizo montar á los dos españoles para conducirlos al campamento. El magnánimo Sucre era á la sazón Jefe de Estado Mayor General de la *División Bermúdez*. Llegados al cuartel general, se

empeñó Bermúdez en pasar por las armas á aquellos infelices, pero el generoso Sucre, se opuso enérgicamente diciéndole: «Salvad el nombre de la República que es más glorioso que ganar una batalla.»

A su poderosa mediación, basada en los dogmas del cristianismo y en la magnanimidad liberal, se le conservó la vida á aquellos dos prisioneros, quienes, agradecidos, se consagraron al servicio de la Independencia, muriendo Palau en Cumaná ejerciendo el destino de alcaide de cárcel, bajo el régimen republicano, y Rodríguez, en la acción de Matará, peleando á favor de la libertad con el grado de primer Comandante.

Con la rapidez con que se esparce el huracán, así se extendía por todas partes la fama adquirida por Sucre, de experto general, valeroso, clemente y aguerrido; y estando en Angostura, le confió el Libertador la peligrosísima comisión de ir á Santomas en el bergantín *Colombia*, armado en guerra, en busca de municiones y pertrechos, co-

misión que desempeñó corriendo mil eventualidades y con riesgo de su vida, no sólo á satisfacción de Bolívar, sino de su regreso, pues él traía los elementos deseados para arrojar fuera á los tiranos. La escuadra española cruzaba las aguas de Santomas, al mando del General Laborde, quien impuesto de la misión que llevaba Sucre, se propuso capturar á todo trance la nave republicana. Pero el héroe cumanés, superior en pericia y valor al jefe de la enemiga escuadra, burló su vigilancia, haciendo desembarcar públicamente el bélico cargamento que tenía á bordo, y reembarcándolo á media noche, emprendió su viaje á las tres de la mañana. Chasqueado Laborde del modo más ridículo por la astucia del Sucre, éste regresó con toda felicidad á Angostura, y al mojar de nuevo su quilla en las aguas del Orinoco el bergantín *Colombia* se entonaron himnos de victoria; la libertad se sintió potente y la República recobró su perdido esplendor, pues con el armamento que condujo Sucre, se arma-

ron los ejércitos que conquistaron la independencia de Venezuela en los combates de Apure, Boyacá y Carabobo.

Otra noble misión le confió el Libertador á Sucre, la honrosa y digna de conferenciar con el General español don Pablo Morillo, para ver de conseguir un arreglo que modificase el Decreto de Guerra á Muerte, que no había producido otros frutos que horribles matanzas. No se escapaba á la penetración de Bolívar, que dado los talentos del General Sucre, sus filantrópicos sentimientos y su entereza de carácter, desempeñaría dignamente su difícil comisión, colocándose á la altura de los grandes compromisos para defender con lealtad y patriotismo y sin humillación, el deber ineludible en que se basara el Libertador para expedir aquel Decreto en justa represalia para contrarrestar los asesinatos que ordenaban Zuazola y Cerveris, Boves y Morales, Antoñanzas y Monteverde, y una centena más de inquisidores, que sentían satisfacción al presenciar las horrorosas hecatombes cometidas contra los americanos. Su-

cre, después de sostener largas y persuasivas conferencias con el General Morillo, consiguió convencer á éste de los males que acarreaba el Decreto de Guerra á Muerte tanto á España como á la América, é invocando las leyes humanas, firmó el tratado de regularización de la guerra, el 25 de Noviembre de 1819. Este tratado moralizó á los dos bandos beligerantes, haciendo prevalecer el Derecho de Gentes y las liberales conquistas de la civilización, y en ocasión solemne, al hacer el Libertador mención de él, vertió estos honoríficos conceptos: «El tratado celebrado por Sucre, es digno del alma de aquel negociador: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será tan eterno como es el más bello monumento de la piedad aplicado á la guerra: él será tan eterno como el nombre del vencedor en Ayacucho.»

Reunidos nuevamente en Angostura el Libertador y Sucre, se empeñó Bolívar que le siguiese á la cruda cuanto peligrosísima campaña que se abría sobre Boyacá, campaña que sólo existía

en la mente del Libertador, y que sólo él proyectaba y creía realizable á pesar de los insuperables obstáculos que había que vencer, las grandes distancias, que tenía que salvar el ejército, fatigado por el cansancio y crueles privaciones, los inmensos desiertos que se veía obligado á atravesar, las vírgenes montañas que le cerraban el paso, los caudalosos ríos que detenían su marcha, y ante tan innumerables contratiempos si decaía el espíritu del hombre, se sobreponía á todo el valor del héroe, y aquellos bravos soldados de la libertad lucharon en esta vez contra la naturaleza que parecía contrariar aquel plan atrevido y audaz, que concebido y desarrollado vivía oculto en el cerebro del Genio portentoso de América.

Sucre, de igual temple de alma á la de Bolívar, no contrarió la idea de su Jefe, pues como él tenía fe en aquel aventurado proyecto, y se dió á persuadir á sus demás compañeros para que los siguiesen en tan calaveresco propósito, que fué fecundo en bienes

para la República, al convertirse en realidad.

Resueltos y animados por la esperanza emprendieron aquellos hombres tan ardua expedición, cual si fuesen mensajeros del destino, para convertir en realidad los imposibles. El porvenir era incierto como incierto el desenlace de aquella arriesgada campaña. El plano que habían levantado con la punta de sus aceros aquel puñado de titanes al trazar el mapa del Continente que con tanto denuedo disputaban á los Reyes de Castilla, no era bastante para mostrarle expedita la senda que trillaban en pos de gloria.

Surcaba la cuadrilla aguas arriba el Orinoco, y hablando Bolívar y Sucre sobre la conducta de los jefes orientales, y de los diferentes sucesos que habían hecho anarquizar el ejército despertando la más desenfrenada ambición, le preguntó Sucre á Bolívar, cuál era el cumanés más estimado de él, y al instante le contestó: «Usted: y sin embargo lo quisiera ver fusilado.» Sucre comprendiendo que esa sátira alu-

día al General Bermúdez, pues referente á él había versado la mayor parte de la conversación, le contestó: «Si el General Bermúdez no le fuera adicto á usted, Sucre le daría pruebas de su lealtad.»

Sabido es que después de las dolorosas desavenencias, que tuvieron Bolívar y Bermúdez, en la costa de Güiría, éste le fué fiel hasta su muerte, una vez que ocupada Angostura, se confundieron en un abrazo de hermano, de amigo y de compañerismo.

Vencidos los españoles en la memorable batalla de Boyacá, emprendieron en seguida las huestes de Bolívar la campaña de Bomboná, campaña que se hacía difícil y aventurada, por el incremento rápido y certero que tomaron las operaciones del enemigo para contrarrestarla. El Libertador se hallaba en una situación embarazosa y complicada, porque el jefe español don Basilio García, le cerraba con sus fuerzas el inexpugnable paso de Juanambú, entorpeciendo sus movimientos hasta el extremo de imposibilitarlo. En tan inminente peligro le propuso Sucre al Liber-

tador, distraer una pequeña división del ejército para invadir al Ecuador. Bolívar comprendió al instante el pensamiento de Sucre, y confió á su pericia y á sus talentos una débil fuerza para que emprendiese la descabellada empresa. Sucre se puso al frente de sus soldados tomando la dirección de Barbacoas. Es sabido que la batalla de Bomboná, no dió el resultado que se propuso alcanzar Bolívar. Dos mil republicanos quedaron muertos en los callejones de Juanambú y tanto el Libertador como el jefe realista, se vieron obligados á retirarse á sus posiciones, después de una brega encarnizada, en que quedaron diezmados ambos combatientes. Al separar el Libertador esa fuerza de su desmartelado ejército, fué con el objeto de llamarle la atención por retaguardia al General García, y conseguir por ese medio apoderarse del paso de Juanambú, que le impedía alcanzar la victoria, lo que no pudo lograr hasta después de la inmortal jornada de Pichincha, en que se vió García en la necesidad de capitular.

En Barbacoas tuvo que sostener el General Sucre una pequeña escaramuza, la que no le impidió continuar su marcha, pues habiendo hecho cambiar de nombre á sus cuerpos y á los oficiales, le hizo creer al enemigo que comandaba un formidable ejército, tales eran los informes que los espías españoles llevaban al campamento de los jefes realistas, consiguiendo de ese modo que no se le inquietase en su atrevida invasión.

A las siete jornadas de Barbacoas se le opuso á Sucre una insignificante resistencia, la que vencida por su denuedo y bizarría fué de tan grandes y benéficos resultados, que ocupando á Manaví, entró en seguida victorioso á Guayaquil.

Los habitantes de Guayaquil, recibieron al General Sucre como á su libertador, en medio de las demostraciones más espléndidas de júbilo y contento. Entre los obsequios ofrecidos á Sucre, es digno de especial mención, por el episodio que en él tuvo lugar, el suntuoso baile que en honor suyo dió la sociedad guayaquileña. Existía en aque-

lla ciudad la distinguida familia Gainza, la que era hostil á la causa republicana. Componíase ésta, de una señora y dos señoritas que habían figurado en las Cortes de España; una de ellas de belleza deslumbrante, y la otra de un porte distinguido y simpático. Los caballeros encargados de llevar á cabo el baile y otras muchas personas, se lamentaban delante del General Sucre, de que no asistiese á tan espléndida velada tan notable familia, que así como era contraria á la causa de la libertad, no por eso dejaba de ser ornato de aquella sociedad. Impuesto Sucre de lo que acontecía, ofreció su mediación á los circunstancias para allanar aquel inconveniente, diciéndoles: «Ustedes no son tan diplomáticos como yo con el bello sexo: esas señoritas vendrán al baile: yo se lo ofrezco.» El General Sucre que unía á sus méritos de guerrero y de hombre de Estado, las cualidades del caballero de buen tono y cultas maneras, ordenó á sus edecanes vistiesen el uniforme de gala y haciendo él lo mismo, se dirigió á la casa de sus nobles adversarias. La

señora recibió al general Sucre y á su séquito, con las maneras cultas que estila la etiqueta, apareciendo poco rato después las señoritas, que al ser presentadas al modesto adalid de la libertad, éste quedó prendado de la hermosura de una de ellas, y de las finas maneras de aquella familia que revelaba haber recibido una educación esmerada. El General Sucre, al verse rodeado de todos los miembros de aquella digna matrona, se dirigió á la señora, diciéndole: «A usted no debe escapársele que esta visita tiene un objeto, el de invitarlas á ustedes al baile que se dará mañana en la noche, y cuento con que ustedes no me negarán ese favor realzando con su presencia tan escogida reunión, y esperando se me conceda la alta honra de bailar la primera contradanza con la señorita Pepita.» El General Sucre, al hacer esta súplica escogía una de las parejas más bellas, de más renombre y de gran valimiento. La señora Gainza aceptó la invitación del Jefe republicano, y concurrió con sus hijas á la suntuosa velada.

La sociedad guayaquileña, se hallaba congregada casi en su totalidad en los salones donde tenía lugar aquella fiesta consagrada en honor del héroe cumánés. Reinaban las mayores expansiones de alegría y de contento. Flores en profusión, luz, amor, encantos, armonías, ilusiones, esperanzas y todo ese arrobador conjunto que ofrece la mujer con sus irresistibles atractivos y su donaire de diosa, aumentaban los goces de aquellas horas, que se deslizaban fugaces entre recuerdos mil.

En medio de las gratas fruiciones del espíritu y entre las exclamaciones que produce la sorpresa, entró á los salones del baile la distinguida familia, y al instante selecta orquesta pobló el éter de dulces notas, que cual los arpegios de las aves del Paraíso que arrullaron la cuna de la Eva de la Creación, hicieron palpar los corazones henchidos de placer. Tocada la primera contradanza el General Sucre tomó del brazo á su interesante pareja colocándola á la cabeza de la fila. El vencedor en Pichincha, prescindió en esta vez de su mo-

desto modo de vestir, y ostentando un lujoso uniforme brillaba en su pecho un sinnúmero de medallas, que representaban los grandes triunfos que había alcanzado en los campos de batalla. Como las contradanzas españolas están compuestas de complicadas figuras, el General Sucre en una de las vueltas enredó casualmente sus medallas, en el rico corpiño que, guarnecido de una ancha blonda, cubría el pecho de su pareja, y cortés y galante el Invicto Capitán, desprendió al momento la aguja que sostenía sus condecoraciones, y dejándolas colgadas en la blonda de su pareja, la dijo: «Señorita: este incidente quiere decir que mis glorias le pertenecen.» La señorita Gainza, no se turbó ante tan inesperado suceso, y volviéndose hacia su interlocutor, le replicó con despejo: «General: me haré dignas de ellas.» Abrumado Sucre por la galantería de tan bella dama, le entregó la aguja, colocándose ella al instante las medallas del héroe en el pecho, como una demostración de simpatías á su persona. Este hecho casual y sig-

nificativo fué acogido con agrado por la selecta concurrencia que aplaudió frenéticamente el feliz suceso.

Serio fué el compromiso que contrajo el General Sucre en aquella noche de inolvidables recuerdos para él, con la graciosa y sin par Pepita, ofreciéndole que si la suerte le seguía dispensando sus favores, y lograba ver la América libre del férreo yugo español, la elegiría como esposa, para que en el dulce regazo de la familia, fuese el Angel de su hogar, y devolviese á su alma la calma apetecida, en las horas de reposo que le ofreciera la gloria cuando buscase un seno palpitante donde reclinar su cabeza fatigada por rudos pensamientos y encanecida por los trabajos y privaciones de tan dilatada lucha.

La familia de la candorosa Pepita aceptó gustosa aquel compromiso, y el adalid vencedor en tantas jornadas gloriosas de la libertad, dejó como recuerdo á la casta Pepita y como prenda de su palabra empeñada, las medallas con que lo condecorara la fama en los campos del honor y el deber.

Desgraciada fué Pepita al ofrecer al héroe su casto é intenso amor; pero abnegada hasta la sublimidad, ahogó en su corazón aquella pasión ideal, mostrándose digna ante el desengaño, y acallando en su pecho la amargura, vertía las lágrimas más puras de resignación.

Tú no tuviste la culpa si te amaron, angelical Pepita. No habías nacido para ser la esposa de un héroe, sino para vivir inmaculada.

El General Sucre permaneció pocos días en Guayaquil, consagrado á la organización del ejército, el cual aumentó y disciplinó convenientemente, emprendiendo luego su marcha con dirección á la Cordillera, vía de Babahoyo, donde creyó encontrar al General español Torrealva, que, según los avisos que tenía, le esperaba en aquel sitio para batirlo. Sucre llegó á Babahoyo sin encontrar más entorpecimiento que una débil resistencia que le opusiera un destacamento que había dejado allí Torrealva, quien se había retirado con sus fuerzas á Yaguachi. No conviniéndole

al General Sucre, dejar á su retaguardia enemigos que pudieran intranquilizarlo, se dirigió á la villa de Yaguachi, la cual está circundada por el río del mismo nombre, formando una espaciosa isla, donde decidió medir sus fuerzas con las del jefe realista, después de haber explorado el terreno. Torrealva no se amedrentó al hallarse frente á frente del ejército del General Sucre, á pesar de que tenía que habérselas con un soldado aguerrido y mimado por la fortuna, tal eran las formidables posiciones que ocupaba y la confianza que le inspiraban sus huestes, acostumbradas á batirse por defender la insignia española, cuyos rojos colores rivalizaban los tintes de sangre en que estaba empapado el suelo de América.

Gallardo y temible, con la calma que en él era innata á la hora del peligro, Sucre ordena cargar al enemigo, quien fortalecido en la isla era atacado por los patriotas desde ambas riberas. Pocas luchas tan sangrientas y sostenidas se pueden comparar á la de Yaguachi, en que el valor rayaba en heroísmo y se

multiplicaban los esfuerzos por alcanzar un sacrificio heroico. El General Sucre en la crudeza de la encarnizada brega manda á sus soldados pasar el río, dejando en sus orillas un batallón que le cubriese la retaguardia, operación acertada y felicísima, que dió por resultado que, envueltos los realistas en un horroroso fuego de fusilería y arrollados al empuje de lanceros invencibles, fueron desalojados de sus atrincheramientos en medio de la confusión más espantosa, y encerrados en un círculo de fuego, lo que dió origen á una carnicería pavorosa, pues el que no fué lanceado ó arcabuceado en la refriega, quedó sepultado entre las ondas del Yaguachi, testigo mudo de tan sangrienta hecatombe.

Solo Torrealva, á quien parece favoreció el destino para que volviese á ser escarmentado por el General Sucre, pudo escaparse de la muerte arrojándose al río antes de decidirse la pelea, y tomando la dirección de Riobamba, tuvo la fortuna de encontrar en el trán-

sito un poderoso refuerzo que venía en su auxilio.

Despejada de un todo la vía por donde debía continuar su marcha el General Sucre, en persecución de Torrealva, ya tímido y acobardado por la derrota de Yaguachi, Sucre remontó con su ejército las inmensas y áridas cuevas de Angas y Guaranda, llegando á Riobamba sin ser hostilizado en su marcha. En esta ciudad se encontraba ya Torrealva con una numerosa infantería bien organizada, y un respetable escuadrón de caballería constante de más de 1.000 jinetes, formado á las afueras de la población, ofreciéndole batalla, como para vengar la bochornosa afrenta de Yaguachi. Contaba el General Sucre con sólo tres regimientos de caballería, uno argentino, otro peruano y el otro de llaneros de Apure. El General Sucre para estimular á los bravos jefes que los comandaban, Necochea, Belaunde, Ballarino y Camacaro les dijo: «Ustedes, disputan todos los días el valor de cada uno de los cuerpos que están á vuestras

órdenes, ha llegado el momento de probar cuál sea el más esforzado. La caballería española está allí formada en batalla y aguardando el combate. ¿Quién de ustedes pide arremeterla el primero?»

El valeroso Belaunde, con la serenidad que comunica el valor á los corazones de héroe, contestó: «Yo, mi General.» «Muy bien, le repuso Sucre. Si usted rompe la línea, lo apoyarán los demás regimientos, y el triunfo es nuestro.» Belaunde se lanzó contra la compacta fila, erizada de lanzas, y después de esfuerzos mil para desorganizar aquella masa de acero, fué rechazado con grandes pérdidas, reemplazándolo Necoechea, á quien cupo la misma malhadada suerte. Comprometida así la acción, el General Sucre se dirigió á los llaneros de Apure, á cuya cabeza estaba el indomable Camacaro: «A ustedes, les dijo, que están acostumbrados á tomar cañoneras con sus caballos, toca romper esas filas de caballería.» El regimiento dió al instante un viva á la República, y estrellándose contra la línea enemiga, con la misma impetuo-

alidad desplegada en el Paso del Diamante, la envolvió al bote de sus lanzas. El General Sucre aprovechando tan feliz instante, mandó á cargar á los peruanos y argentinos, quienes decidieron la acción á favor de la causa de la libertad, estimulados por el legendario valor venezolano. El triunfo fué decisivo y trascendental, pues Torrealva huyó á Quito dejando en poder del vencedor gran cantidad de prisioneros y un abundante parque.

Estas espléndidas victorias, que cual auroras de gloria reflejábanse sobre la frente del modesto Sucre, fueron precursoras de la inmortal jornada de Pichincha.

Sin perder un sólo instante se dirigió á Mocha el General Sucre, con la intención de batir los demás cuerpos españoles, avanzando al General Mires, que ejercía las funciones de segundo Jefe del ejército, con una división de 800 hombres, con el objeto de que éste inspeccionase los movimientos del enemigo, y con órdenes terminantes de no comprometer acción, y que en el caso

de ser atacado replegase á unirse á él al cuartel general. El valeroso irlandés, fogoso é impaciente, y de un heroísmo á toda prueba, avistó el ejército español en Guachi, y desobedeciendo las instrucciones que había recibido, le arremetió con su pequeña división. El combate fué terrible y desastroso y duró siete horas consecutivas, en que el valor republicano sobrepujaba el choque de las numerosas fuerzas realistas. A las cuatro de la tarde, hora en que Mires estaba herido, y con sólo 30 soldados, se retiró éste de aquel campo de muerte dejando el suelo empapado en sangre y sembrado de cadáveres. Al incorporarse el General Mires al ejército, que se hallaba estacionado en Mocha, cinco leguas de distancia del teatro de los sucesos, el General Sucre, le hizo graves cargos por su insubordinación, pero el impetuoso jefe le replicó en lenguaje enredado, como extranjero que era, y no hablaba bien la lengua de Castilla: «Yo gañe la batalla: español mi mata á mí 800 hombres, mi mata á español 1.400: mi gañe la batalla.»

Al expresarse así el intrépido Mires, rechazando los cargos que le hacía su superior, se basaba en que el enemigo había quedado tan maltrecho, que no pudo perseguirlo librándose el resto del ejército republicano de sufrir grandes trastornos, pues tan imprudente proceder ha podido ser de funestos resultados, si Torrealva, recobrando la calma, hubiera sabido aprovechar las ventajas que le ofrecía la derrota, y en vez de retirarse nuevamente á Quito con sus formidables legiones, ataca de improviso las fuerzas patriotas: la destrucción de éstas habría sido inevitable.

En Riobamba se le incorporó al General Sucre el Coronel Santacruz, con una división auxiliar peruana, y reforzando así su ejército, marchó sobre Quito á fin de batir al Capitán General Aimerich, quien contaba con más de 5.000 combatientes, veteranos y aguerridos, vencedores en Bailén y Zaragoza. Al tener noticias Aimerich de que el Jefe Independiente estaba á la vista de la ciudad, salió con sus fuerzas á perseguirlo, pero el General Sucre evitó

el combate con hábiles maniobras entreteniendo al caudillo realista por el espacio de siete días, sin presentarle acción alguna. El General Sucre para hacerle frente á tan temible enemigo, contaba apenas con 3.000 soldados, y lo que era aún más grave, como para no tener fe en la victoria, la desconfianza que le inspiraba la división peruana con que habían sido reforzados sus batallones y tuvo que valerse de ardides para poder superar las ventajas de su contrario. Burlado Aimerich por las diferentes estratagemas de que se valió Sucre para esquivar la lucha, se retiró de nuevo á la ciudad, lo que permitió al General Sucre escalar por la noche el Pichincha, á cuyas faldas está situada la populosa Quito.

El 24 de Mayo de 1822, á las ocho de la mañana, tuvo noticias Aimerich de la situación en que se hallaba el ejército independiente, el cual había acampado al pié del Pichincha, desafiando la cólera de los opresores del suelo ecuatoriano, y cometió la imprudencia, impulsado por el orgullo y la vanidad, de

atacarlo en sus formidables posiciones. Encarnizada y sostenida fué la pelea, para poder obtener la victoria, y al immortalizarse Pichincha junto con el nombre de los héroes de la libertad, *la espada de Sucre brillaba sólo, con la del Libertador, á la luz de útiles triunfos.* La memorable batalla de Pichincha, calificada por la historia de *eterno honor de Sucre*, y tras la cual, rindió al día siguiente por capitulación á Quito, fué de gran importancia para la causa de la América Independiente, pues esa capitulación, según el decir de un escritor, «aseguró la libertad de un país hermoso y vasto, y puso en manos de Sucre 160 oficiales, 1.100 prisioneros de tropa, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles, y cuantos elementos de guerra poseía el ejército español.»

Antes de la acción de Pichincha, hacía alarde Aimerich, de derrotar á los patriotas con solo montarse en una famosa mula rusa en que acostumbraba cabalgar, y ordenaba á un andaluz que le servía de asistente, de apellidado Mijares, la ensillase cada vez que

tenía avisos de la aproximación del General Sucre. Ocupada la ciudad de Quito por el Ejército Libertador, el astuto andaluz se propuso embromar á su prisionero jefe, y aguardando una ocasión propicia, aprovechó el momento en que estando el General Sucre paseándose al lado de Aimerich por los salones del Palacio de Gobierno, hablando del porvenir de América, se asomó Mijares por una puerta vidriera, y dirigiéndose á Aimerich le dijo: «Mi General, le ensillo la rusia.» Extrañando el General Sucre el contenido de aquella pregunta, que había hecho ensorberbecer á Aimerich, le pidió explicaciones. y viéndose éste obligado á complacerlo, le refirió la ocurrencia, causando hilaridad á todos los que oyeron tan jocoso relato.

Antes de seguir en su carrera de constantes victorias al gran Capitán colombiano, que, proyectándose sobre las empinadas cimas del Chimborazo, saludara el primero á la América Independiente, desde el campo inmortal de Ayacucho, hagamos conocer las poderosas razones, en que se apoyara el

General Sucre para no contraer matrimonio con la señorita guayaquileña Pepita Gainza, y sí con la Marquesa de Solanda. El mismo día en que entró triunfante el General Sucre á Quito, recibió el héroe la visita del Marqués de Solanda, quien le manifestó tener gran deferencia y estimación por su persona. El General Sucre aceptó la visita, ofreciéndole su amistad y sus servicios, mostrándose al mismo tiempo satisfecho por tan señalada distinción. El Marqués á la siguiente mañana, volvió á ver nuevamente al General Sucre con el objeto de invitarle á que fuera á su casa para presentarle la familia. Aceptada la invitación por el General Sucre, éste designó el domingo inmediato para cumplir aquella obligación.

Al llegar el General Sucre á la morada del Marqués, se sorprendió notablemente, porque en esa época no le era dado á las señoritas en Quito recibir visitas de hombres, y contrariando aquella rígida costumbre, encontró el General Sucre en la sala del Marqués, una joven bella y hermosa, sentada al

lado de una riquísima alhaja. Esta era la hija mayor del Marqués, de nombre Mariana. Como estila la urbanidad, corta fué la visita del General Sucre, quien no dejó de preocuparse con tan inesperada escena.

A la siguiente visita del Marqués al General Sucre, le manifestó que tenía cuatro hijas sin ningún varón que representase la familia; que él estaba muy anciano y quería asegurarle un apoyo; que su hija Mariana que ya él conocía era la mayor y por consiguiente heredera del mayorazgo, el que no dejaba de ser pingüe; que le ofrecía la mano de su hija, esperando que no le desairara porque sería un servicio que le haría morir tranquilo.

Turbado el General Sucre ante tan inesperada oferta, le contestó: «Marqués: soy militar, y teniendo que seguir la guerra ignoro cuál sea mi destino. Sin embargo, si la suerte no me fuere adversa, haré lo posible por complacerle.»

Sucre emprendió la campaña del Perú, y durante el largo tiempo que em-

pleó en tan desastrosa guerra, murió el Marqués, quien testó dejando al General Sucre de Albacea universal recordándole su exigencia y encareciéndole cumplierse su promesa.

Resuelto el General Sucre á unir su suerte con la Marquesa de Solanda, escribió desde Bolivia á la señorita Pepita Gainza, refiriéndole lo acontecido y rogándole diese por terminado su compromiso.

La noble Pepita, poniéndose á la altura de una digna señorita y dando pruebas de sublime abnegación y noble desprendimiento, contestó al héroe, que había obrado como un cumplido caballero, y que para probarle que respetaba su compromiso, le remitía á la marquesita las medallas que ella había usado la noche del baile, y que representaban sus promesas nupciales.

Uno de los rasgos característicos del General Sucre, fué su liberalismo. Su larga carrera pública está rodeada de hermosos actos humanitarios, raros en el alma de un guerrero que por lo regular son siempre inexorables, y más en

una época que, como en la que le tocó á Sucre combatir por la Independencia de América, no se oía otro grito que el de muerte, ni se ejercían otras funciones que las del verdugo, ni se ponían en acción otras leyes que las de ruín venganza. Pero Sucre era un héroe, y los héroes, sí, los héroes, no alimentan en el corazón las bajas pasiones de los déspotas, ni oprimen á los pueblos con el poder odioso con que tiranizan las medianías á las naciones.

Quando tuvo lugar la batalla de Pichincha, era Capitán de Cazadores del batallón *Yaguachi*, el denodado joven Abdón Calderón. Al principiar la pelea, una bala le despedazó un brazo, y el General Sucre le ordenó se retirase al Hospital de Sangre, pero el brioso oficial se negó á ello diciéndole: «General, aún me queda otro brazo, y yo no abandonaré la cabeza de mi compañía.» Diez minutos más tarde, otra bala le hirió en una pierna, y dando notaciones de un valor estóico, se hizo hacer una silla con los brazos de dos de sus soldados. Sentado en ella, siguió impa-

sible el combate, sin exhalar un gemido, sereno y tranquilo; pero desdichada suerte! á los pocos instantes, otra bala le atraviesa el cráneo dejándolo exánime. El General Sucre, en recompensa de tanto denuedo, expidió un decreto ordenando que la compañía del batallón *Yaguachi*, no fuese mandada por ningún otro Capitán, declarando existente siempre á Calderón, y designándole á su familia el sueldo íntegro que gozaba el malogrado joven en el ejército. Era bello el espectáculo que presentaba este cuerpo en los días de revista de comisario, el que, desfilando por delante de la mesa y al nombre de Capitán Abdón Calderón, echaba armas al hombro y contestaban todos á una voz: «Presente en el corazón de la compañía.»

Al ocupar el General Sucre á Quito, no un enemigo de la libertad sino un filósofo, hizo escribir en todas las esquinas en caracteres visibles, el siguiente letrero: *Ultimo año del despotismo y primero de lo mismo*. La oficialidad y el ejército se indignaron y rodearon al Ge-

neral Sucre, pidiéndole mandase á testar aquellas inscripciones, por creerlas ofensivas á los patriotas. Pero el General Sucre, penetrado tal vez de la gran significación que tendrían en el porvenir aquellas palabras, no accedió á las exigencias de sus subalternos, y les respondió con la calma de que acostumbraba revestirse en tales casos, para hacer prevalecer sus órdenes: «Dejen ustedes esos letreros, porque todavía está en la infancia la libertad, y no sabemos si más tarde se hace efectiva esa máxima.»

El General Sucre, dotado de una misteriosa singularidad, supo siempre estudiar en los designios de lo futuro, los contratiempos que pudiera oponerle el destino, por eso su genio providencial lo previó todo, hasta su trágico fin; y allí está el Ecuador presa del *despotismo clerical*, profanando sus glorias, mutilando los monumentos destinados á inmortalizar su memoria, por imposición de un español. (*)

(*) El Biógrafo se refiere á la mutilación de un

Apartemos á un lado la *triste celebridad* de Camacho, y sigamos á nuestro ilustre personaje en su marcha triunfal, que pronto se abrirán para él las puertas de la inmortalidad para vivir la vida del justo en el seno de Dios.

Habiendo llegado á Quito el Libertador, le ofrendó el General Sucre los trofeos que su extraordinario genio militar había segado en el memorable campo de Pichincha, en cuyo acto se cruzaron entre los dos Jefes frases congratulatorias y lisonjeras. Fué en ese instante que Bolívar en un momento de arranque patriótico vertió aquellas frases memorables, que ha recogido la historia, porque hacen uno de los más bellos elegios de las cívicas virtudes del General Sucre: «Usted está llamado, díjole el Libertador á grandes destinos.

modelo hecho en yeso para una estatua del General Sucre, que debía colocarse en la capital del Ecuador, que por orden del Presidente de aquella República, señor Camacho, fué mutilado en meses pasados, á exigencia del Ministro español Llorente Vázquez, residente en Quito, por el mero hecho de tener rendido á sus piés como una alegoría, al León Ibérico.

La Patria ya le debe mucho y no quedarán aquí tronchados sus laureles.»

Bolívar había concedido al ejército de su mando en Bomboná, una medalla de oro para los jefes y oficiales y de plata para los soldados, con esta inscripción: *Vencedores de Pichincha en Bomboná*. Hablando Bolívar familiarmente con el General Sucre, le preguntó éste en tono jovial, qué clase de armamento tenía él en Bomboná, cuyas balas alcanzaban á Pichincha, distante 120 leguas de aquel sitio. El Libertador para subsanar el error en que había incurrido no le quedó otro recurso que contestarle sonriendo: «No tenía armamento que alcanzase á tal distancia, pero sí le entretenía á don Basilio García, quien le habría impedido con su ejército el triunfo de Pichincha.»

La confianza que llegó á inspirarle el General Sucre al Libertador fué tan ilimitada, que al tratarse de nombrarle un General en Jefe al Ejército Unido, prescindió de toda consideración y aún de los servicios de muchos de sus conmitones, y recomendó al General Sucre

para el desempeño de tan elevado como delicado encargo, cuya elección, una vez recaída en él, enojó á los Generales Lamar y Valdez, el uno porque aspiraba á aquel puesto basado en su mayor graduación, y el otro porque como más antiguo General de División, se creía también con derecho á tan distinguida honra.

Estas rivalidades dieron origen á los episodios que tuvieron lugar entre el General Sucre y Lamar, antes y después de la batalla de Tarqui, episodios que describiremos en su oportunidad.

La traición y la deslealtad habían principiado á dar sus maléficos frutos, é insurreccionados algunos jefes dispuso el General Sucre que el General Juan José Flores marchase contra Pasto con las fuerzas de su mando á debelar un motín que había estallado en aquella población. Flores, cumpliendo las órdenes de su Jefe, se dirigió sobre los sublevados, resuelto á someterlos á fuego y sangre si oponían resistencia; pero los pastusos, prevenidos y dispues-

tos á contrarrestar todo ataque, batieron y rechazaron á Flores, lo que les dió brío para continuar la principiada lucha. Noticioso el General Sucre de lo que acontecía, envió al General Salom, quien corrió la misma fatal suerte. La situación se complicaba á causa del incremento que tomaba aquel movimiento debido á las dos victorias que habían alcanzado sus caudillos, y se hacía ya necesario reducir á los revoltosos á costa de cualquier sacrificio. Así lo comprendió el General Sucre, y poniéndose á la cabeza de las divisiones rechazadas, marchó contra los pastusos, derrotándolos en el paso de Guáitara, cuya victoria le abrió las puertas de Pasto, en donde acabaron de recibir el mayor escarmiento aquellos tenaces facciosos.

Cuando estos acontecimientos se verificaban, tenía lugar en Guayaquil la entrevista de Bolívar con el General San Martín; entrevista misteriosa, cubierta hasta ahora con el velo de lo impenetrable, de cuyos fines no tiene aún conocimiento la historia, y de la que sólo sabemos que dió por resultado la par-

tida de este caudillo argentino para Europa.

Desde el instante en que el General Sucre fué designado para el mando en Jefe del Ejército Unido, quedó investido el Libertador con el carácter de Supremo Director de la Guerra. Sucre, al verse encumbrado con tan honorífica distinción, no se envaneció, y amante y admirador de Bolívar, conservó hacia él el mismo respeto y subordinación que siempre le había inspirado aquel hombre extraordinario.

Unidos é identificados estos dos caudillos, que de por sí eran dos potencias invulnerables, en todos los ramos del saber, y en vastos conocimientos militares, lograron en pocos días levantar un pié de fuerza capaz para hacerle frente á las primeras exigencias de la guerra, con el cual marcharon á combatir las huestes españolas que dominaban el vasto y hermoso territorio peruano.

Más que un ilustre capitán, parecía un insigne aventurero el famoso héroe caraqueño, al lanzarse al acaso contra

un enemigo que disponía de todos los recursos y subyugaba todas las voluntades en un país acostumbrado á la abyección y de por sí apático é indiferente á la causa de la libertad; pero Bolívar, domador del tiempo y de los imposibles, compartía con el invicto Sucre los azares y peligros de aquella cruda y sangrienta guerra, de que no tiene ejemplo el orbe, para sacar partido del genio colosal de Sucre que descollaba entre las eminencias colombianas.

Reunidos ambos, siguen impasibles aquella campaña titánica, erizada de escollos y penalidades, hasta avistarse en las pampas de Junín con sus fieros rivales. Dispuesto el ataque, el Libertador en persona dirige la batalla, pero con tan desventurado acierto, que se vió en la necesidad de abandonar el campo porque sus escuadrones sufrieron pérdidas considerables. El General Sucre, que con la infantería esperaba el momento propicio para generalizar la pelea, tiene que prescindir forzosamente de su plan, porque desalentado el Libertador, le ordenó tomar posicio-

nes con sus fuerzas, retirándose él legua y media del teatro de la brega, á lo cual obedeció el General Sucre con displicencia, por creer lejos el peligro al tomarse como operación militar, aquella indiscreta disposición.

Estando aún sobre las armas el ejército, llegó al campamento el Capitán José Miguel Lagrave, Gobernador que fué de la antigua Provincia de Guayana, trayendo verbalmente la noticia de haber sido derrotadas las caballerías españolas. Al oír Bolívar el relato de la victoria, quedó suspenso por un instante, hasta que pocos momentos después llegó el coronel Espino, Edecán del Libertador, confirmando la fausta nueva. El General Sucre al apercibirse de la profunda sensación que produjo en el ánimo de Bolívar tal acontecimiento, no dejó de conmoverse y propuso al Libertador marchar incontinenti á destruir las fuerzas enemigas, diciéndole: «General: este es el momento de acabar con el ejército español.» Bolívar desatendió los consejos de Sucre, y deshechando tan oportuna disyuntiva, le

replicó con altivo ademán: «de ninguna manera,» perdiéndose la más feliz ocasión de darle el golpe de gracia al grueso de las tropas realistas, lo que se pudo haber conseguido con un pequeño esfuerzo.

El ejército de infantería española, viendo que no se le inquietaba desfiló á la presencia del Ejército Unido, sin que se le hostilizara en sus movimientos. El Libertador en lugar de atacar las legiones realistas, como le encarecía Sucre, ordenó otra nueva retirada hasta situarse con sus escuadrones en la sabana de Reyes, cinco leguas de distancia del enemigo.

Acampados los patriotas en este sitio, dispuso el Libertador que el General Sucre revisase los hospitales de retaguardia, con el objeto de incorporar á sus respectivos cuerpos, todos los convalecientes. Comprendiendo el General Sucre, que tal comisión era más propia de un oficial subalterno que de un jefe de alta graduación, se sintió herido en su amor propio, y al regresar, una vez que hubo cumplido su cometido, se di-

rigió al Libertador: «Vuecencia, díjole, ha humillado mi honor militar, y yo no puedo seguir en el ejército con un carácter humillado, por lo que pido mi pasaporte para trasladarme á Colombia. Quiera Dios que el cielo le conceda terminar con los enemigos del Perú.»

Indignado el Libertador al oír expresarse de esa manera al General Sucre, á quien á la verdad le asistía razón bastante para obrar de ese modo, mandó á expedirle el pasaporte con el General Salom, Jefe de Estado Mayor General del Ejército, y tomándolo Sucre, se puso en marcha en la madrugada del siguiente día.

El proceder de Bolívar no agradó al ejército, quien demostrando su desagrado, dió públicas y repetidas notaciones de insurreccionarse, que hubieran producido complicaciones infinitas; pero por fortuna, apercebido el Benemérito General Salom de lo crítico de la situación, se dirigió al Libertador, manifestándole el estado de efervescencia en que se encontraban los ánimos, y haciéndole ver lo peligroso que era privar del

Juan de Dios, Montañas

mando del ejército al General Sucre, quien inspiraba confianza ilimitada á sus soldados.

Calmado el Libertador y conociendo que había mancillado la delicadeza del General Sucre, prescindiendo de los miramientos y honores á que era acreedor al confiarle aquella comisión, mandó en persona al General Salom á buscar al General Sucre en donde se encontrase, para que volviese á ocupar su puesto. Salom alcanzó al General Sucre en Trujillo, quien siempre sumiso y obediente, no opuso resistencia alguna á aquella orden y retrocedió á reencargarse del mando del ejército.

Al verse Bolívar con Sucre, y después de darse un estrecho abrazo, le dijo emocionado: «No me abandone usted. Usted es mi brazo derecho: la comisión que le confié la creí tan honrosa, que yo mismo la habría desempeñado.»

El General Sucre ante tan explícita satisfacción, no replicó al Libertador, y guardando un profundo silencio dió así por terminado aquel desagradable inci-

dente, lamentando sólo que no se hubiese perseguido á los realistas el día de la acción de Junín, lo cual hizo creer al enemigo que se le temía, mostrándosele á las claras la debilidad de las fuerzas patriotas.

El Libertador, viendo la fe que todavía le inspiraba al General Sucre aquel fracasado plan, le contestó con la calma del que trasluce algo que debe cumplirse en lo porvenir: «Sucre: usted es el llamado á terminar la campaña del Perú.»

La batalla de Junín, no fué otra cosa que un choque entre las caballerías patriotas y las caballerías españolas. En el primer ataque, nuestros bravos jinetes fueron rechazados, y cargados de frente, se vieron obligados á desorganizarse. Antes del choque, los republicanos habían dejado á retaguardia, por estar mal montados, á los escuadrones *Bravos de Apure*, que mandaba el Coronel Rondón, *Escuadrón de la Muerte*, á las órdenes de Camacaro y Ballarino, y *Bravos de Cundinamarca*, comandado por el Coronel Braun. Estos escuadro-

nes, viendo que la remonta de la caballería enemiga estaba indefensa, se apoderaron de ella, remontaron los jinetes patriotas, y arremetieron á la caballería española por retaguardia, la que sorprendida, dió tiempo á los jinetes republicanos que habían sido rechazados á organizarse, remontarse y volver de nuevo á la lucha, derrotando los escuadrones realistas.

Los denodados Silva, Necoechea, Camacaro, Brawn, Rondón y otros lanceros de bravura imponderable, fueron los que restablecieron el combate, haciendo cejar la victoria á favor de las armas colombianas. El General Silva fué el héroe de la jornada, quien desplegando un heroísmo sobrenatural, logró arrebatarse al valeroso Necoechea de las ancas del caballo de un jinete español, quien lo llevaba atado, sin conocimiento, en clase de prisionero, destilando sangre por diez y nueve heridas recibidas en aquella gloriosa jornada.

El Libertador, queriendo ensanchar la esfera de sus planes militares, para poder llamarle la atención al enemigo

por distintos puntos y entorpecerle así sus operaciones, envió al General Sucre á Lima á dirigir la campaña que se emprendía para independizar al Perú. Al llegar el General Sucre á Arequipa, tuvo noticias de la derrota sufrida por el General Santacruz en Oruro, (Bolívia), entonces Alto Perú.

En tan conflictiva situación, se hacía necesario tomar medidas enérgicas y salvadoras, para contrarrestar el peligro que amenazaba sepultar entre las ruínas de la República el ejército colombiano, que en mil campos de batalla se había cubierto de gloria.

Bolívar, con su mirada penetrante y certera abarcó el nublado horizonte, y vió brillar cual fúlgida estrella en los dilatados espacios del cielo americano, la colosal figura del invicto Sucre, y depositando en él, como en otras ocasiones, toda su confianza, como si hubiera sido el Mesías Salvador, entrevé los reflejos del sol de la esperanza, á los lampos refulgentes del acero de Sucre que abría el templo de la gloria para darle paso á sus vencedoras legiones y

conjurar el peligro salvando la República.

La hora de la prueba había llegado y Bolívar ordenó al General Sucre organizar el ejército patriota diezmado por las derrotas, las deserciones y la anarquía, ejército que en una palabra, no existía, y á hacerle frente á las graves complicaciones que presagiaban el hundimiento del gran edificio de la Libertad. Para acometer esta empresa, de por sí arriesgada y peligrosa, no tenía disponible el General Sucre, más que 3.000 soldados y debía luchar con un enemigo superior en toda arma, recursos y disciplina. La derrota de Santacruz había sido una derrota completa, y las fuerzas realistas enorgullecidas por su triunfo, y ávidas de alcanzar nuevas victorias, marchaban aceleradamente al encuentro del General Sucre, en número de 14.000 combatientes, comandados por el brioso español Valdez.

Sucre para contener á tan poderoso adversario, resolvió esperarlo, no con la intención de presentarle batalla, que era de todo punto imposible, contra un

ejército tan numeroso; pero sí con el propósito de recoger los dispersos de Santacruz y salvarlos de la ira enemiga, ya que no pudiera contar con sus servicios, tal era el pánico de que se hallaban poseídos. Al avistarse Sucre con el ejército de Valdez en Arequipa, emprendió con el mayor orden la retirada, conteniendo la fiereza de las constantes cargas realistas, con sólo 200 hombres y dos piezas de artillería, logrando con tan acertado plan militar salvar sus huestes de una derrota cierta, embarcándolas con dirección al Callao, donde llegaron felizmente.

Si la historia de nuestra magna guerra de Independencia encomia con sobra de razón la célebre Retirada de Ocumare, emprendida por el estóico General Carlos Soublette, bien merece puesto honorífico en ese libro de inmortales, la Retirada de Arequipa, con la cual probó Sucre ser uno de los primeros Generales de la epopeya colombiana.

A los pocos días de estar Sucre en El Callao, recibió órdenes de Bolívar

para ponerse en marcha á debelar á la Cordillera la revolución que acaudillaba Riva Agüero, á lo que se negó el General Sucre, por el odio que le había inspirado siempre la guerra civil, jurando no manchar su espada en sangre hermana, sino esgrimirla contra los tiranos.

El año de 1823, hallándose el Libertador en Trujillo, ocuparon por tercera vez los españoles la ciudad de Lima, abandonándola nuevamente al aproximarse el ejército colombiano y refugiándose en el castillo de El Callao. Mandaba esta fortaleza el General Rodil, y como era inexpugnable por su formidable artillería, dispuso Bolívar sitiaria por mar y tierra.

Es digno de trasladar á la posteridad, ya que la historia lo silencia, un suceso notable, que por su heroicidad merece puesto preferente en los anales de las proezas americanas: la captura de una de las principales naves enemigas. Mandaba la escuadra unida el Almirante Cochrane, y era su segundo el General Guisse. Encontrábase anclada en el puer-

to de El Callao, amparada y defendida por las baterías del castillo, la corbeta de guerra española *La Esmeralda*, de 44 piezas de artillería y 250 hombres de tripulación. La escuadra republicana estaba á la sazón fondeada en Chorriillos. Hallándose sentados á la mesa comiendo Cochrane y Guisse, se suscitó entre ellos una polémica acaloradísima sobre una cuestión de valor, terminando con la proposición, hecha por el Almirante Cochrane al General Guisse, de darse el abrazo de reconciliación al pié del palo mayor de *La Esmeralda*. Al instante, aceptado por Guisse aquel reto á muerte que ponía á prueba su heroísmo y su honor, se trasladaron á los botes tomando cada uno el mando de diez de ellos, que apenas pudieron contener 240 soldados. Con esta pequeña fuerza y favorecidos por la oscuridad de la noche, se dirigieron aquellos denodados marinos al puerto del Callao. Reinaba un silencio sepulcral, interrumpido solo por el susurrar de las brisas sobre las encrespadas olas; y flotando en las ondas del Mar Pacífico aquellos

botes que iban á llevar la muerte á la nave española, parecían sus blanquecinas sombras un inmenso sudario que infundía terror. Al grito de alarma dado en la corbeta enemiga, toda la tripulación se puso sobre las armas, trabándose un combate cuerpo á cuerpo, desesperado y reñidísimo. Arremetida la corbeta por aquellos bravos soldados, la abordó Cochrane por babor y Guisse por estribor, y á pesar del denuedo de los marinos españoles, fueron éstos rechazados hasta la bodega.

Este hecho de por sí glorioso y de gran trascendencia para la causa republicana, dejó atónito á los sitiados; y al darse el abrazo en el palo mayor de *La Esmeralda*, Cochrane y Guisse, la gallarda nave prisionera abandonaba el puerto remolcada por los botes vencedores, con la cubierta tinta en sangre y exhalando su postrer suspiro los agonizantes heridos.

Destinado el General Sucre al mando en jefe del ejército, se incorporó á él en Huancavelica, abriendo operaciones sobre las fuerzas españolas mandadas por

el Virrey Laserna en persona, Canterac y Valdez y catorce generales más. El ejército republicano apenas ascendía á 7.000 hombres y el realista á 12.000.

Sucre había recibido órdenes expresas del Libertador de no librar acción alguna sin su consentimiento. En acatamiento á este mandato, y estando á la vista los dos ejércitos beligerantes, el General Sucre rehusó la batalla con evoluciones estratégicas, ora apareciendo á vanguardia ora á retaguardia del enemigo, sin disparar un tiro.

A los diecinueve días, de estas constantes maniobras, nuestros batallones estaban extenuados: hacía once días que por todo alimento no apercibía el soldado más que una ración de maíz tostado, y el hambre empezaba hacer sentir sus funestos estragos, cundiendo el desaliento y la desesperación en las filas republicanas.

El 1.º de Diciembre de 1824, trepando el General Sucre la cuesta de Oquimbamba, á las ocho de la noche, con todas sus divisiones, fué cortada su reta-

guardia compuesta del batallón *Rifle* y los escuadrones de *Húsares*, por el ejército español en Matará. *Rifle* resistió toda la noche con una heroicidad espartana el mortífero fuego que sobre él hacía el enemigo, y al amanecer, avergonzados los españoles de la valentía de aquel puñado de héroes, que no cedían á sus impetuosas cargas, le arremetieron á la bayoneta. Los soldados de *Rifles* y de *Húsares* se vieron obligados á huir por diferentes vías en pos del ejército patriota.

Asombrados los jefes realistas del denuevo desplegado por los bravos de *Rifle*, le hizo prorrumpir el general Valdez, uno de los caudillos más valerosos y serenos de las legiones españolas, el siguiente elogio: *Esos son los soldados de Colombia, quiera Dios los venzamos el día de la batalla.*

El General Valdez, con su larga experiencia militar presentía la derrota de las fuerzas del Virrey del Perú y le atemorizaba Ayacucho.

Al convencerse el General Sucre de que no le era posible auxiliar su reta

guardia, continuó tranquilo su retirada, destacando partidas armadas por distintas direcciones para recoger y salvar los dispersos de esa noche.

Después de Ayacucho y en marcha el general Sucre con todos los jefes españoles, éste les preguntó cuál había sido para ellos el resultado de Matará, á lo que contestó el General Bonet: «Nuestras pérdidas alcanzaron á 1.300 hombres, entre muertos, heridos y dispersos.» Las bajas de *Rifle* ascendieron á 320 soldados y la de los dos escuadrones de *Húsares* á 56.

Si recordamos la defensa que hizo de su conducta el General Mires, al desvanecer los cargos que sobre él hicieron pesar, después del desgraciado combate de Guachi, debemos aceptar como un triunfo de Colombia, la reñida acción de Matará.

Habiendo pedido el Libertador un batallón auxiliar á Venezuela, se hizo la recluta en 1824 y se organizaron 3.000 hombres escogidos y resueltos. El mando de esta fuerza se le confió al entonces Coronel José Gregorio Monagas;

pero este jefe tan valiente como denodado, era inexperto para la organización de tropas, y condujo la división hasta la isla de La Puná, Ría de Guayaquil, en un estado de desorganización lamentable. Súpolo Bolívar y mandó al general Valero á hacerse cargo de ella, la que recibió en la expresada isla, cuando ya no existían de los 3.000 soldados venezolanos sino 1.600. Al llegar al Callao esta fuerza, dispuso el Libertador se formase con ella un batallón al que dió el nombre de *Caracas*, dejando el resto como auxiliares del sitio del Callao. El expresado batallón se destinó al Ejército Unido, al mando del Comandante León (*) (barquisimetano), oficial valeroso é inteligente, quien en la marcha lo fué disciplinando.

El día de la batalla de Ayacucho, como cuerpo moderno formó á vanguardia de la división del General Córdova, quien llegando á su frente cuando

(*) Este heroico oficial fué fusilado el año de 1829, por otro León, el General León Febre Cordero, quien desempeñaba la Comandancia de Armas é Intendencia General de Guayaquil.

arengaba las tropas independientes, no tuvo glorias que recordarle, y deteniendo un instante su caballo, prorrumpió en las siguientes palabras: *¡Caracas! ¡Qué pruebas me das de valor!*

El Comandante León, león en bravura y coraje, salió al frente de su batallón, y con voz atronadora mandó la siguiente evolución:

«Batallón, ¡fírmel! ¡Al hombro, aus! ¡Segunda fila, dos pasos á retaguardia! ¡Descansen, aus! ¡Cartucheras al frente! ¡Cartuchos á la espalda!» y votando todo el pertrecho, se volvió hacia el General Córdova diciéndole: «Esa, ¡General.»

Este batallón conquistó en el campo de batalla el glorioso nombre de *Ayacucho*, y fueron tan extraordinarias sus proezas en el combate, que de 300 fusiles que se recogieron de los muertos pertenecientes á este cuerpo, la generalidad estaban inútiles por haberse encontrado los cañones tapados con sangre coagulada.

Pocos momentos antes de la batalla de Ayacucho, tuvo lugar un curioso

suceso en el campamento realista. Disputábanse el mando en el ejército español los Generales Valdez y Canterac, pero el Virrey prefirió á Canterac por su mayor graduación. Ensoberbecido Valdez, cogió de la mano á Canterac: y llevándolo á una altura desde donde se divisaba el campamento patriota, le dijo: «Vé usted General, aquellos soldaditos, que están en aquella colina (era la división Córdova) pues bien, esos soldaditos le traen á usted de derrota en derrota desde la isla de Margarita y mañana le darán el golpe de gracia.»

Sucre que había resuelto librar la suerte de la República en una batalla decisiva llegó al campo de Ayacucho el 8 de Diciembre de 1824, con dos horas de anticipación al ejército español, lo que le permitió explorar el terreno, y hallándole propicio á sus planes, resolvió decidir la contienda en aquel sitio. Formado en son de ataque el ejército republicano, el General Sucre recorrió las filas diciéndoles: «De los esfuerzos de este día depende la suerte de Sur América. Este será un día de gloria que coronará vues-

tra constancia. Soldados! Viva el LIBERTADOR! Viva BOLÍVAR, el salvador del Perú!»

Al héroe de Pichincha, al gran Sucre, se interpuso el bravo Córdova, á darle nuevas pruebas de valor y heroismo, y viendo Sucre envuelta la división Lamar al empuje de las tropas españolas que comandaba Valdez, ordenó á Córdova cargar sobre el centro enemigo mientras reforzaba á Lamar. Córdova, demostrando una *sangre fría* sin ejemplo, se desmonta de su fogoso corcel de batalla y dándole muerte con su espada, le dice á su división: «Soldados, yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer: Adelante, paso de vencedores!» y arremetió con tal ímpetu al ejército español, que despedazó en un instante la división Villalobos y ocho escuadrones más.

Mandaban la caballería del Ejército Unido, los Generales Silva y Carvajal, hijo este último de las llanuras de Casanare, intrépidos é invencibles Jefes. En el fragor del combate cuando ya parecía ser para nosotros infeliz la victoria,

le ordena el General Sucre á Silva cargar la brigada de artillería española, constante de catorce piezas que, colocadas con diestra maestría, barrían con un fuego desolador y sostenido el campo de batalla, causándole graves daños á los patriotas. Silva cargó resuelto, pero tal vez contrariado por la calidad de la poderosa arma de que quería apoderarse, no fué impetuoso en la pelea ni desplegó la bravura que le inmortalizara en Junín, saliendo herido en un pie, lo que le obligó á retirarse, y al pasar al frente del General Sucre, le participó aquel incidente. Sucre que presenciaba el combate desde un punto llamado la Sabaneta, no quedó satisfecho del ataque de Silva y le ordenó seguir al Hospital de Sangre, á donde se dirigió Silva. Interesado el General Sucre en apoderarse de la artillería enemiga, llamó á Carvajal y le repitió la misma orden, porque confiaba en el extraordinario efecto que causaría este suceso en las filas realistas si lograba su intento.

El General Carvajal, un tanto perplejo á obedecer tal mandato, recapacitó un

instante, y replicó al General Sucre «Cómo se toman cañones con caballería?» A lo que contestó el General Sucre: «Cargue usted á gran galope, sin hacer caso del fuego enemigo, y una vez sobre los cañones, mande usted pié á tierra y lancee usted á los artilleros.»

Carvajal, héroe de leyenda, para quien no había nada que no fuese realizable, se golpeó la frente y exclamó: «¿Cómo es que no haya dado yo con una operación tan sencilla?» y volviéndose al frente de sus escuadrones, cargó con tal bravura que se apoderó no sólo de la artillería, sus pertreehos y dotaciones, sino que infundió el terror en las compactas filas del desgraciado Virrey que en persona mandaba un ejército mayor al nuestro, y que al eco de las dianas que anunciaban la victoria, se disipó como el humo.

Después que Córdova y Carvajal se señalaban como los primeros en el combate, Sucre el Grande, tan magnánimo como generoso, vuelve á discernir sus glorias, y hace repercutir en el ejército envuelto en el grito del triunfo, la

voz de su corazón que desde el primer instante del peligro se había hecho oír prepotente en las filas enemigas: ¡Viva el Libertador! Viva Bolívar, el salvador del Perú!

Hermosos trofeos ofrendábale en esta vez el héroe colombiano á la diosa de la libertad americana, á cuyos piés estaban rendidas las armas vencedoras en Pavía. y un ejército glorioso que en combates mil segara los laureles más frondosos de la fama. El León de Castilla, que venciera en Bailén y Zaragoza, yacía postrado á la sombra del lábaro de la República.

La derrota de los realistas en Ayacucho fué *completa y absoluta* como lo testifica el parte oficial de la batalla, y nuestros cuarteles de reserva contaban pocas tropas para custodiar los prisioneros, entre los que se encontraban el Virrey, un Teniente General, cuatro Mariscales de Campo, diez Generales de Brigada, ochenta y cuatro entre Coroneles y Tenientes Coroneles, cuatrocientos ochenta y ocho oficiales de distintas graduaciones, dos mil soldados,

catorce piezas de artillería y gran cantidad de fusiles y municiones.

Los Generales Canterac y Carratalá, ajustaron las condiciones de un tratado para entregar el resto de las fuerzas españolas, el que firmó en Quinúa Canterac firmó la capitulación por hallarse preso el Virrey.

Sucre, haciendo uso de su magnanimidad, concedió á los vencidos el derecho de disponer de sus armas y propiedades, las distinciones y honores que le correspondían por sus grados, pagarle la mitad de los sueldos á los capitulados y costearle por cuenta del erario del Perú su viaje á España, relegando al olvido todas las ofensas y odiosas pasiones suscitadas á causa de la guerra entre españoles y americanos.

Sucre tuvo que atenerse al informe del General Canterac, para precisar en el parte oficial, el número de enemigos vencidos: pero estando en camino el General Sucre con todos los jefes españoles, quiso rectificar su juicio, y preguntó al General Valdez, cuál era el efectivo de las fuerzas el día de la batalla,

á lo que contestó este jefe: «El efectivo de nuestras fuerzas era de 12.400 y pico de hombres.» Sucre viéndose contrariado, le repuso: «Por qué Canterac me ha dado un informe falso?» «Por la sencilla razón, le replicó Valdez: Que mientras menor sea el número de fuerzas que se hagan aparecer vencidas, menor es la vergüenza de la derrota».

El ínclito adalid sin enorgullecerse de su triunfo, alcanzado en la más completa y trascendental batalla de las que se librarán en el territorio de la América Latina, para conquistar su Independencia, felicita al ejército y á Colombia en la siguiente proclama:

El General en Jefe, al Ejército Unido

Soldados!—Sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y la Paz de América. Los diez mil soldados españoles, que vencieron catorce años en esta Repú-

blica, están ya humillados á vuestros piés.

Peruanos!—Sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos y las más remotas generaciones del Perú recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

Colombianos!—Del Orinoco al Desaguadero, habéis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia; vuestras armas las han destinado á la victoria para garantizar la Libertad del Nuevo Mundo.

Cuartel General en Ayacucho, á 10 de Diciembre de 1824.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Entraba en los planes del Libertador disponer del tiempo necesario para abatir al General Rodil, jefe de la fortaleza del Callao, donde ondeaba el pendón de Castilla, y volar á ponerse al frente del Ejército Unido, para vencer al ejército español; pero el destino contrariò sus pensamientos, porque era Sucre el predestinado por el Dios de las Naciones para sellar eternamente la Independen-

cia Suramericana; por eso cuando llegó á su conocimiento el triunfo de Ayacucho, le causó gran desagrado en el primer momento. Era á la sazón Secretario General de Bolívar, el pulcro General Tomás de Heres, quien al notar el mal efecto que le produjera al Libertador la noticia de la gloriosa victoria de Ayacucho, le hizo reflexiones sobre el desprendimiento, generosidad y abnegación de Sucre para con él, haciéndole notar al mismo tiempo que no se había leído sino le noma del parte oficial; entonces Bolívar desdoblando el pliego y viendo que el pundoroso Sucre le discernía á él las glorias de tan inmortal jornada, vertió estas trascendentales palabras: «Sucre me gana en generosidad» y movido del noble sentimiento de la gratitud, colmó de honores al General Sucre, dirigiendo al ejército vencedor esta preciosa alocución:

SIMÓN BOLÍVAR

LIBERTADOR PRESIDENTE, ETC., ETC., ETC.

Soldados!—Habéis dado la libertad á

la América Meridional; y una cuarta parte del mundo es el monumento de nuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

Soldados!—Colombia os debe la gloria que nuevamente le dáis: el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho á la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

Soldados!—Recibid la ilimitada gratitud que os tributo á nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis, antes de volveros á vuestra hermosa patria. Más no...jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

Soldados peruanos!— Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

Soldados colombianos! — Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

Cuartel dictatorial en Lima, á 25 de Diciembre de 1824.

SIMÓN BOLÍVAR

Esa pieza oficial, escrita en elogio del Ejército Unido y de su ínclito Jefe, pone de manifiesto los talentos de Bolívar y los arranques de vivo fuego en que abundaba su alma para hacer despertar en el soldado el amor á la libertad y á la Independencia, estimulándolo siempre para de ese modo trasmitirle en el fragor del combate el entusiasmo y el valor que inspiran las grandes causas.

La batalla de Ayacucho, tan gloriosa como inmortal, que en alas de la fama ha recorrido los ámbitos del mundo, como mensajera del triunfo definitivo de la emancipación de la América Latina, fijó con su mágica grandeza el por-

venir glorioso del hemisferio de Colón, y los españoles abandonaron esta tierra codiciada, cuyas riquezas fueron origen de tanta ruina!

Los detalles municiosos que sobre la acción de Ayacucho, contiene la interesante carta que insertaremos en seguida, dirigida desde Potosí por el General Sucre al General Carlos Soubllette, darán idea de todos los pormenores de aquel hecho de armas. Nadie más que él podía hacer con perfección acabada la descripción de aquel duelo á muerte con las tropas españolas, siendo como fué Sucre su principal protagonista. Oigámosle:

Potosí, á 9 de Abril de 1825

Mi amado Carlos.

Tu carta del 18 de Agosto en Cartagena, la he recibido ayer, y me ha dado el gusto de saber de tí. Desde mucho tiempo tuve la noticia de que te hallabas de Intendente del Magdalena, y aun he recibido cartas del General Escalona

Rasgos biográficos—6

desde Caracas, en que me contesta otras que le dirigí y cuyo sobre iba para el Intendente de Venezuela.

Te considero en Cartagena menos contento que en Caracas en cuanto al destino, pero sin duda más tranquilo.

Yo anhelo tanto ir á Caracas como si fuera de allí; pero aunque nunca llevaría destino, siempre tendría algún cuidado. En fin, deseo vivir allá, pero lo examinaré mucho, y aun haré mi viaje de paso para ver si es que se puede conseguir reposo y tranquilidad en ese país.

Supongo que tú sabes ya nuestro triunfo en Ayacucho: el más brillante sin duda que podría jamás esperarse. Un soberbio ejército español fué allí derrotado, pero tan cabalmente como casi no es describible. Diez mil soldados fueron nuestros trofeos. Luego hemos tomado prisioneras las diferentes guarniciones, que eran 1.700 hombres en el Cuzco: 707 en Arequipa; 600 en Quilca, y 480 en Puno. Desde este último punto abrí la nueva campaña sobre las provincias del Alto Perú (que eran Vi-

reinato de Buenos Aires), y en setenta días de marcha hemos dispersado, derrotado y reunido al Ejército Libertador 5.000 hombres que formaban el ejército del General Olañeta: de manera que nuestro triunfo ha sido, en cuatro meses, sobre dieciocho mil hombres que formaban el ejército español en el Perú.

Yo rompí las operaciones activas el 19 de Marzo, desde Oruro, y entré en esta ciudad el 29, habiéndola evacuado Olañeta el 28. El 1.º de Abril hubo un encuentro de un cuerpo nuestro con Olañeta, y éste salió gravemente herido y murió el 2; sus tropas pidieron en consecuencia entregarse, y la última partida de 300 hombres lo verificó anteayer. Ya no queda un solo soldado, en todo el país, armado en defensa de los españoles. La guerra del Perú se ha concluído de un todo, y esto ha afianzado la Independencia y la paz de América. Para obtener este resultado tan positivo y ventajoso, ha sido necesario marchar constantemente, aprovechando nuestro suceso del 9 de Diciembre,

y así es que la división que he traído aquí ha descansado sólo dieciocho días desde la batalla, y constantemente marchando, ha recorrido un terreno de 330 leguas de extensión, que estaba defendido por 8.000 soldados.

Por esta relación verás que cuando yo te dije que las tropas colombianas en el Perú eran lo mejor que podía darse, no te engañé; 6.000 hombres escasos han derrotado y vencido 18.000: han libertado la República peruana, y han conquistado la independencia á las provincias del Alto Perú, de donde el año de 1809 se dió á la América el grito de independencia. Debe ser orgulloso á Colombia haber traído sus armas en triunfo hasta Potosí.

Otro servicio muy importante le he hecho al Perú: cuando yo recibí sus tropas en el Ejército Unido, constaban de 1.700 hombres, y sobre esta base he organizado, después de la batalla, en sólo su ejército del Sur que está á mi mando, 8.000 hombres que son todos veteranos y muy buenos.

Desde Febrero he escrito al Gobierno

á ver si quiere que este ejército vaya á la Habana, puesto que ya no tenemos que hacer aquí. Yo reuniré más de 7.000 soldados buenos, sin contar con los que ha traído Valero, etc., sino con sólo lo que yo tenía antes aquí. El ejército cuenta 8.000 hombres (es decir el que yo tenía), pero existen muchos enfermos, y sólo cuenta disponible 7.000: ellos, protegidos por alguna marina bastarán, yo creo, á tomar la Habana, donde aseguran que el espíritu patriótico está en todas las gentes.

Te he hablado de las cosas públicas, y te hablaré de mí. El Gobierno del Perú me ha dispensado mil honores después de nuestros triunfos. El Libertador me ascendió á Gran Mariscal (que equivale á nuestros Generales en Jefe), y el Congreso me cambió este título por el de *Mariscal de Ayacucho*. Esta y otras recompensas las he remitido á nuestro Gobierno, que no sé si querrá aprobarlas. Yo creo buenamente que haría más fortuna en el Perú que en Colombia; porque en todo el país me quieren bien; pero yo pospongo todas las fortunas al

sólo bien de vivir en mi país y de consagrarme enteramente á mi Patria. Así es que solicito con ansia volverme allá y lo pediré como recompensa de mis servicios; porque si he de reposar, quiero hacerlo en Colombia. Has de saber que esta campaña, en países tan fríos de que no tienes idea, y tan complicada como ha sido, me ha avejentado y enfermado: tengo muchas canas, parezco de cuarenta años, y mi pecho me molesta mucho, porque frecuentemente me ataca la tos y un gran dolor.

Vaya esta larga carta; pero bien merece hablarse largo desde Potosí á Cartagena.

Añadiré mis abrazos á tu señora y niños, mil cariños á tus hermanas y cuñadas, y saludos á los amigos.

Tu ANTONIO.

La ambición de Sucre no estaba satisfecha con haber llevado los armas colombianas victoriosas al Potosí; aspiraba á más glorias, á más renombre; quería que los soldados de Venezuela fuesen á abatir el poder ibérico donde

quiera que dominase un pedazo de tierra del hermoso suelo americano y escribía al Gobierno de Colombia encareciéndole alguna marina para trasportar á la isla de Cuba el ejército vencedor en Ayacucho.

El plan del General Sucre era un plan de fácil realización en aquellos tiempos de magnos triunfos y proezas legendarias, y si se hubiera apoyado su pensamiento, el coloso de Ayacucho y de Pichincha, habría arrebatado á la nación española la perla de las Antillas é incorporándola á la gran agrupación de la América republicana, no tuvieran hoy sus hijos que derramar su generosa sangre para conquistar su independencia.

Sucre, juzgado por grandes notabilidades, ha merecido justos elogios de casi todos los historiadores; pero el que más ha acertado á formar un juicio exacto de los méritos y virtudes de este hombre extraordinario, ha sido el señor Infante, cuando en su obra la Revolución de Sur América, dice que el verdadero General de América había sido

el General Sucre, á quien también debía atribuírsele la primacía en legislación y política, agregando que no fué el Libertador en lugar de Bolívar, por haber nacido tres años después de éste. Como estratégico, continúa el señor Infante, como incansable, como impasible en el peligro ninguno le igualó.

El General Sucre no libró nunca un combate sino con fuerzas muy inferiores á las realistas, pero él suplía el número con una sagaz estrategia que nuestros Generales no pudieron nunca comprender, y termina asegurando que el General Sucre en Europa, habría figurado en primer término entre los distinguidos Generales de la epopeya militar de aquellos tiempos.

Bajo el pálio de la gloria y custodiado por la fama, se había hecho conocer el nombre inmaculado del vencedor en Ayacucho, por el orbe entero, y el perínclito Sucre, abrumado por el peso de tantos laureles y fatigado por los más merecidos honores con que la gloria puede premiar á sus escogidos, entra á Potosí, en medio de ovaciones es-

pontáneas, ecos de júbilo y entusiasmo patriótico, pero siempre gallardo y modesto, siempre generoso, dedica desde aquel punto, á la Cumaná histórica, su país natal, la guirnalda de oro con que le premió Cochabamba, al pisar aquel suelo de titanes, y la pluma de oro con que le obsequió el Colegio de aquella ciudad para que sus hijos escribiesen las glorias de Ayacucho; y no creyendo halagado su amor patrio el héroe inmortal con aquel acto de generosidad, intercede con el Gobierno de Colombia, pone todo su valimiento, para que éste destine uno de los trofeos más preciados de Ayacucho á la Municipalidad de la Atenas de Venezuela, una de las banderas españolas, arrebatadas al ejército vencido en aquel campo, cuando daba sombra con poderío despótico al mundo de Colón. De él nace la idea, y las notas que van en seguida prueban una vez más el desprendimiento y abnegación, la grandeza de alma de aquel titán.

Ejército Libertador.—Cuartel general en Potosí, á 1.º Octubre de 1825, 15.

A la Ilustre Municipalidad de Cumaná.

En medio de los favores que la fortuna ha querido dispensarme en la guerra del Sur de Colombia y en la del Perú, jamás he tenido sentimientos más agradables que los recuerdos de la tierra de mi nacimiento. Yo no decidiré cuál objeto me ha estimulado más en mis trabajos militares; si el patriotismo, la gloria ó el anhelo de buscar la paz con la esperanza de que ella me restituya donde mis amigos de la infancia: puedo sí asegurar que Cumaná nunca se separó de mi corazón.

Después que una espléndida victoria llenó en el Perú los votos del Ejército Libertador, con cuyo mando he sido honrado, fué un sagrado deber presentar memorias de amor y respeto á la República: nuestros trofeos están remitidos al Gobierno supremo; y satisfecha

esta agradable obligación, vuelvo los ojos á mi país para cumplirlo también. Pongo, pues, en manos de US. M. I. una guirnarla de oro que me regaló Cochabamba al entrar en aquella ciudad, la cual no tiene otro valor, que ser el sencillo presente de un pueblo entusiasta por la causa de América, y destinada á un cumanés que ha venido á obtenerla combatiendo constantemente por la libertad bajo las armas de Colombia, á dos mil leguas de su patria,

El Colegio de Cochabamba me obsequió con una pluma de oro para que mis hijos escribiesen las glorias de Ayacucho: yo la destino con mucho más placer, á que con una pluma de oro del Potosí escriban mis paisanos las páginas brillantes que caben á Cumaná en la historia de la revolución, y los sacrificios heroicos de este pueblo generoso en la guerra de la Independencia.

Dígnese US. M. I. aceptar la distinguida consideración con que soy de US. muy atento humilde servidor.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

República de Colombia.—Secretaría de Guerra.—Sección central—Palacio de Gobierno, en Bogotá, á 9 de Enero de 1826—16.º

1212

A la Ilustre Municipalidad de Cumaná,

El Excelentísimo señor Vicepresidente de la República desea que la ciudad de Cumaná conserve uno de los monumentos del valor y virtudes del Ejército Colombiano, vencedor en Ayacucho, bajo la inmediata dirección del General Antonio José Sucre. Teniendo Cumaná la dicha de ser la cuna de este Benemérito General, al Ejecutivo le ha parecido que tiene derecho á conservar en su seno uno de los trofeos de las luces, constancia y bizarría de uno de sus hijos. La bandera española que tengo el honor de remitir á U. S. es una de las que el General Sucre ha ofrecido al Gobierno en nombre del Ejército: la Municipalidad de Cumaná puede disponer su conservación para perpetua memoria de los triunfos de sus compatriotas sobre los opresores de la América.

Tengo el honor de ser U. S. atento y obediente servidor,

C. SOUBLETTE.

El General Sucre se dirigió á La Paz (Bolivia) donde llegó con los honores de la victoria, y el pueblo le recibió como á su redentor. En medio del entusiasmo que inspiran los grandes triunfos, uno de los partidarios más decididos de la causa realista y del General español Olañeta, á quien Sucre había vencido, el Coronel Mejías Flares, le dirige la palabra, interpretando tan fielmente el genio voluble de nuestra estirpe, que en uno de los arranques de su feliz improvisación, vierte estos profundos pensamientos: «General: usted por sus circunstancias está llamado á presidir los destinos de este pueblo, pero no olvide usted el carácter americano, de suyo falaz y fementido.

»Esto se lo digo á usted en obsequio á su digno carácter que me revela la capitulación de Ayacucho. No se engría usted por los aplausos y elogios que le tributen: La inconstancia de los hispa-

no-americanos es como la nuestra, que nada nos contenta. Ponga usted cuidado en un país en donde las opiniones varían como un sota viento.»

El General Sucre oyó impávido las indicaciones de aquel jefe español, las creyó juiciosas y le felicitó por su acertada discreción; pero el destino lo conducía hacia el experimento de aquellas opiniones, y bien pronto vió Sucre su desengaño y cumplidos los axiomas de aquel noble enemigo. Sucre era fatalista y todo lo remitió á los sucesos futuros, hasta recibir en Berruecos la recompensa de sus servicios.

Hasta el pueblo de Jesús de Machaca acompañó el General Sucre á los jefes y oficiales españoles prisioneros en Ayacucho, y despidiéndose de ellos en este lugar, continuó su marcha sobre el Desaguadero, con dirección á Chuquisaca, capital de la civilizada Bolivia, donde entró victorioso tributándosele altos honores, pero el héroe anteponía á todos los festejos su modestia y rehusaba los abrumadores obsequios. Era un genio sin ambiciones, un caudillo presti-

gioso que jamás quiso encumbrarse con mentidos halagos ni con las puerilidades de la ostentación humana.

Dedicado á los labores de la administración de aquel gran país, el General Sucre abrió el mapa del Alto Perú y encontrando seis provincias ricas y pobladas cuyo gobierno estaba dividido entre los Virreinos del Perú y Buenos Aires, creyó oportuno crear una República independiente de ambos poderes, y la erigió con la denominación de Bolivia, para perpetuar así el nombre del Libertador.

Bolívar al tener noticias del suceso, quiso entorpecer aquel paso dado en la formación de naciones independientes en América, porque entraba en sus miras crear una gran República de la magnitud de Colombia, lo que no pudo conseguir, porque fué tal el entusiasmo que despertó la idea lanzada por Sucre en aquellas poblaciones, que éstas decidieron que se les constituyera en Estado soberano é independiente, proclamando á Sucre candidato para la Presidencia, cuya candidatura rechazó

obstinadamente el héroe, teniendo el Libertador que aprobar al fin el pensamiento del gigante de Ayacucho, porque halló convincentes las poderosas razones que se le pusieron de bulto para la realización de aquel proyecto, ante el cual vióse en la necesidad de inclinarse, por el respeto que le inspira la majestad de la ley y la soberanía popular.

Constituida Bolivia con los ricos y florecientes departamentos de La Paz, Chuquisaca, Potosí, Chochabamba, Oruro, Arequipa, Santa Cruz Jufuí, etc., Sucre convocó una Constituyente, para darle un Gobierno liberal y republicano, que organizase definitivamente los destinos de aquella nueva nación que se inscribía en el catálogo de los pueblos libres.

Reunida la Constituyente reiteró la elección hecha en Sucre por el unánime sufragio de los bolivianos para regir la República, pero él rehusando nuevamente aquella honra, hizo pública manifestación, de que «La República debía ser mandada por un hijo del país y no

por un extranjero.» Interesado aquel Soberano Cuerpo, en que la naciente nación boliviana fuese regida en su primer período por el General Sucre, insistió diciéndole que la Constituyente lo declaraba hijo de Bolivia, á lo que contestó el héroe con este rasgo de virtud republicana: «Yo no puedo prescindir de mi verdadera Patria y por consiguiente no puedo tener dos naturalezas ó dos nacionalidades á la vez; soy colombiano y tengo orgullo en serlo.»

Viendo los hombres de la Constituyente que era inútil toda excitación que se le hiciese al General Sucre para que aceptase el poder, se dirigió al Libertador interesándolo para que pusiese todo su valimiento haber de persuadir al General Sucre á que se encargase de la Presidencia de Bolivia. El Libertador, comprendiendo que era más que trascendental para los intereses de la América Independiente, que Sucre ocupase aquella magistratura, escribió á éste encareciéndole su aceptación. Abrumado Sucre por exigencias que no podía

Rasgos biográficos—7

rechazar, se resolvió dirigir la nave de la República en su primer período constitucional.

Es honroso el modo cómo prestó el General Sucre el juramento de la Constitución boliviana. Sucre no había sido nunca perjuro, y no podía engañar con mentidas promesas al pueblo que le confiaba sus destinos; por eso al llevar la mano al puño de su espada, que fué terror del español ibérico en catorce combates decisivos; para prestar obediencia á la Carta Fundamental de Bolivia, dijo á la Constituyente: «Juro no ser responsable de los males ni de los bienes que origine al país esta Constitución. Ella hace vitalicia la Presidencia, y yo no estoy de acuerdo con esa vitalidad. Aceptaré la Presidencia por sólo dos años, y si logro dejaros bien constituidos, habré alcanzado mis honrosos deseos.»

Grandiosas frases que bastan de por sí para hacer la apoteosis de un servidor público! Espléndida prueba de desprendimiento dada por el Caudillo Colombiano á la Constituyente de Bolivia,

cuando en acto tan solemnísimo, protesta con entereza y cívico valor contra aquella Constitución, obra exclusiva de Bolívar, á quien Sucre era tan adicto y fiel!

Qué tiempos! Qué hombres! Qué República!

Así procedió siempre en todos los actos de su vida el General Sucre, proponiendo á toda pasión innoble, la hidalguía de su carácter y la honradez de sus convicciones.

Cuando todo presagiaba á la América Republicana siglos de paz y concordia, y un hermoso porvenir en la vida independiente, los caudillos peruanos, ciegos por la ambición y por la desenfrenada sed de mando, desarrollaban en los tenebrosos antros de sus conciliábulos, el plan funesto de invadir á Colombia y reinar sobre sus cenizas, y empleando como medio de acción la intriga y el oro para corromper la disciplina militar y relajar los dogmas administrativos, haciendo imperar por tan reprochables medios sus nefastas ideas, lograron alcanzar que se re-

América B. Bontero

velasen algunos batallones en la ciudad de La Paz, el 25 de Diciembre de 1827.

Desgraciados días esos en que la ingratitude y la deslealtad empezaban á amargar las horas de la existencia de Bolívar y Sucre. De sus compañeros de armas y amigos más íntimos, partía el rayo exterminador que les hería de muerte. Aquellos hombres habían *arado en el mar* y fabricando sobre cimientos de arena, veían derrumbarse la obra más estupenda de los republicanos de la América del Sur: la Colombia ideal de Bolívar, que tuvo por pedestal á los Andes, por trofeos la redención de un mundo, y por sustentáculo las glorias de un Libertador, de un Sucre, de un Piar, de un Paez, y de una pléyade de héroes que fatigaron la fama y que son hoy la admiración de la posteridad.

Desengañado el héroe, vacilaba su fe de patriota y de pulcro magistrado, y viendo las leyes hechas girones y corrompidos los fueros de la moral y de la justicia, se dió á esperar impasible el desenvolvimiento de los sucesos, cuan-

do otra mahadada nueva vino á abatir su espíritu, al tener noticia de la sublevación en Lima de la tercera división del Ejército Colombiano, que estaba á las órdenes del General Jacinto Lara, constante de cuatro batallones de infantería y un escuadrón de caballería, prendiendo á su jefe y parte de sus oficiales. Fué tal impresión que causó en el ánimo del General Sucre este escandaloso suceso, que escribió desde Chuquisaca, el 10 de Junio de 1827, al General Francisco de Paula Santander, estos dolorosos conceptos: «Todas las noticias, todos los papeles, me han llenado de ideas melancólicas: en Colombia se repetirán las funestas escenas que la discordia ha representado en la República Argentina: y veo que la tierra de los héroes y de la gloria, vá á convertirse en la de los crímenes y desolación». Estos párrafos revelan la profunda nostalgia del héroe, quien vaticinador de su suerte, traslucía al través de las nieblas de lo futuro el desgraciado fin á que estaban condenados gran parte de los prohombres que habían

coadyuvado á la independendia de la América española.

La generalidad de los historiadores le atribuyen al Libertador la creación de Bolivia, pero para probar que este pensamiento fué obra únicamente del General Sucre, basta sólo leer su Mensaje dirigido al Congreso de Bolivia en 1828, en el cual se expresa así: «Al pasar el Desaguadero encontré una multitud de hombres divididos entre víctimas y asesinos, entre pacientes y malhechores; los reuní, concilié sus ánimos, aplaqué sus iras y formé de ellos un pueblo (Bolivia) que si no está á la vanguardia de las Repúblicas Suramericanas, está llamado á figurar entre ellas».

La participación que tuvo el Libertador en la creación de Bolivia, no fué más que la de hacerle cambiar á la capital el nombre de Chuquisaca por el de Sucre, en justa recompensa á los sacrificios de este grande hombre.

Los dos años de la Administración del General Sucre se cumplieron al principio de 1828, cuando ya el Perú se pronunciaba abierta y resueltamente

contra Bolívar y el vencedor en Ayacucho, publicándose en la prensa reaccionaria artículos subversivos que dañaban la dignidad de estos caudillos. *El Herald* de Lima, uno de los más empecinados en denigrar de la conducta de estos héroes, se señaló por la crudeza de sus ataques, y en uno de sus números corré inserta la siguiente redondilla asonantada que el modesto Sucre hizo reproducir en los periódicos bolivianos por haberle causado hilaridad:

Sucre el año de veintiocho
Irse á su patria promete,
Como permitiera Dios
Que se fuera el veintisiete.

Esto decía un pueblo que le debía á Sucre su independencia. Este era el juicio de unos hombres ingratos á quienes jamás ofendió el heróico adalid de Pichincha. Pero el tiempo, juez inexorable de todas las causas y reparador de los agravios que se le irrogan á la justicia, no ha permitido que se confirmen esas calumnias, y las glorias in-

marcesibles de Sucre el Grande, resplandecen inmaculadas en el extenso cielo de la América libre.

A tiempo que se verificaban estos sucesos, tramábase en Chuquisaca un odioso motín, y los tenaces revolucionarios peruanos arrojaban á la enrojecida pira de la discordia todo el combustible de sus pasiones desenfrenadas; motín parricida, que le costó al General Sucre una grave herida que le inutilizó el brazo derecho, lo que no le impidió al valeroso cumanés, cumplir su palabra empeñada con el pueblo boliviano, pues aun cuando no dejó completamente en paz á Bolivia al descender del poder, le dió vida propia y la condujo por la senda del bien hasta dejarla resuelta á sostener su nacionalidad independiente.

Alimentado el motín de Chuquisaca, tuvo por caudillo al Doctor Casimiro Olañeta, sobrino del General español del mismo apellido. Esta conspiración no reconocía otra bandera que el derrocamiento de la Administración del General Sucre. Entre los corifeos de Ola-

ñeta, figuraba como uno de los más exaltados. un señor Berdeja, que gozaba de la amistad de Sucre, y quien se comprometió á asesinarlo; en acecho de su víctima, aprovechó Berdeja una noche la ocasión en que el General Sucre desmontándose de su caballo se quitaba las espuelas dándole la espalda, y sacando un puñal se balanceó sobre él. Sucre al sentir ruido, volvió el rostro, y Berdeja anonadado y cobarde para cometer el crimen, tiró al suelo la alevosa arma. Sorpréndese el héroe, por tan villana acción, y le interroga: «¿Qué es eso, Berdeja?» y atemorizado el victimario se arrodilla ante Sucre exclamando: «Máteme General. Yo no merezco la vida; le iba asesinar sin tener más razón sino de que usted es demasiado generoso.» Sucre, acostumbrado á discernir el perdón lo levantó, y por todo castigo le impuso un destierro al Perú, obligándose á mantener la familia de Berdeja de su peculio á quien pasaba 100 pesos mensuales.

A los tres meses después de este suceso escandaloso, regresó Berdeja, y

agradecido del General Sucre se consagró á su servicio, con tan decidida fidelidad y adhesión hacia la persona de este jefe, que fué uno de sus mejores amigos y admiradores.

El funesto motín, motín de cuartel, estalló al fin el 18 de Abril de 1828, con todos sus horrores, principiando el alzamiento por el escuadrón de la guardia de honor del General Sucre. Al tener conocimiento del hecho el General Sucre, ordenó á todos sus edecanes montar á caballo, destinando al Coronel Alarcón á reunir el cuerpo de policía, para que le apoyase en la operación que iba á emprender, y acompañado del Comandante Escalona, se dirigió al cuartel sublevado, al frente del cual estaba situada una pieza de artillería, mandada por el Sargento Balisea. Al llegar el General Sucre á la puerta del edificio alzó la voz para llamar al orden á los soldados, pero estos en vez de intimidarse, ordenaron á los artilleros hacer fuego, al mismo tiempo que una nutrida descarga de fusilería anunciaba haberse roto las hostilidades. Por for-

tuna, la Providencia cuidaba de la vida del héroe, porque su existencia debía apagarse con todos sus reflejos de gloria en la terrífica montaña de Berruecos, y el cañón quemó su ceba pero el tiro fatal que debía despedazarlo no salió; lo que notado por Sucre, y viendo la ventaja que le proporcionaba aquel casual incidente, cargó con Escalona á los empecinados soldados que le hacían fuego desde la puerta. Los disparos eran certeros y todos iban dirigidos á Sucre, hasta que una bala vino á herirle en el brazo derecho, quedándole completamente inútil. Escalona que en medio de la confusión notó el soldado que había herido al General Sucre, lo clavó con su lanza contra una puerta, trabándose una lucha pavorosa entre aquellos dos titanes contra aquel grupo de conjurados, cuando salió otro tiro del corredor del edificio cuya bala le fracturó también el brazo derecho á Escalona, lo que lo ensoberbeció de tal manera, que tomando las riendas del caballo con los dientes, arremetió al soldado que le había herido dejándolo

muerto en el acto, restableciendo á impulso de su heroísmo el orden y la obediencia entre los sublevados.

El General Sucre que montaba un brioso caballo, no le fué dado sofrenarle á causa de la herida, por la cual vertía gran caudal de sangre, y azorado el bruto, emprendió con toda velocidad su carrera en dirección al Palacio de Gobierno. Escalona siguió á su General hasta el pesebre á donde llegó el animal con tal ímpetu, que Sucre para evitar ser estrellado contra las divisiones de la caballeriza, tuvo que hacer uso del brazo fracturado, y apoyando la mano ensangrentada en la pared, la dejó estampada con tal perfección, que siendo hoy el edificio donde se reúne el Congreso boliviano, se conserva aún entre un cuadro de cristal con marco dorado, mandado hacer por aquel Cuerpo Soberano, con la siguiente inscripción que anatematiza á los parricidas autores de aquel horrendo crimen:

Hé aquí la mano del Padre de Bolivia, su primer Presidente, á quien la alevosía y la traición intentaron inmolar.

El pueblo de Chuquisaca, apercebido del suceso, se amotinó pidiendo armarse en defensa del orden y la paz públicos, y las matronas de aquella generosa población, casi en su totalidad, se prestaron bondadosamente á asistir á la ilustre víctima, contándose entre ellas la esposa del mismo Doctor Olañeta, la que, azorada por el suceso, entró tan impresionada al aposento donde se hallaba postrado el noble campeón de la libertad, que prorrumpió en alarmantes sollozos: «General, qué es esto: qué desgracia.» «No se alarme usted, repuso Sucre, estas son travesuras de don Casimiro.» La noble señora, comprendiendo la felonía de la traición, y revistiéndose de un valor varonil, le replicó: «Aunque sea mi marido, maldigo su funesto extravío.»

Encontrábase para esta fecha ejerciendo la Comandancia de Armas en Potosí, el Coronel López, hombre activo y valeroso idólatra del General Sucre, quien al saber los acontecimientos de Chuquisaca, reunió 300 milicianos y poniéndose á su frente marchó sobre la

ciudad, apoderándose de la Recolecta de San Francisco, ordenando inmediatamente el ataque contra la población. Sobresaltados los amotinados de Chuquisaca, acudieron al General Sucre, exigiéndole mandase á contener á López, quien perseguía á muerte á los sublevados. El General Sucre les hizo presente que él no tenía mando alguno, por hallarse herido, pero las súplicas se hicieron más apremiantes y Sucre vióse en la necesidad de dictar la siguiente nota:

A su gracia el General López.

1.º Se le hace responsable del orden de la capital.

2.º También se le hace responsable de la vida del Presidente de la República.

3.º Asimismo se le hace responsable de la inviolabilidad de la Constitución.

Para entregarle á López este despacho, fueron comisionados los señores Verdeza, Calvimontes y Molina. Llegando á la Recolecta los comisionados,

pidieron conferenciar con López, á quien presentaron la comunicaci3n que les investía del carácter de emisarios de paz. López al verse titulado General, (*) llamó á su ordenanza y le dijo: «Traígame usted las charreteras de General;» y rasgando el sobre del oficio, empezó á leer, y dirigiéndose entonces al oficial de guardia, una vez que se impuso de su contenido, le dijo: «Póngame usted presos en la prevenci3n á estos señores.» Los emisarios reclamaron su inmunidad, pero el coronel López les respondió: «Soy responsable de la tranquilidad de la capital, y ustedes son revoltosos,» y mandando formar á sus tropas marchó á tambor batiente y bandera desplegada sobre la ciudad. Al aproximarse López, los amotinados huyeron, pero este jefe les hizo una persecuci3n tan activa que los destruyó por completo.

Interesado el General Sucre en que se averiguase quiénes eran los autores

(*) Recuérdesse que López no era más que Coronel y la nota principia á su gracia el General López.

principales de aquel criminal motín, se impuso de que el sargento Balisea, obligado á seguir aquel movimiento contra su voluntad, se había aprovechado de la gran confusión que reinaba en el cuartel, para cargar la pieza de artillería que estaba á sus órdenes, metiéndole primero la bala y después el cartucho de pólvora, lo que ocasionó que ésta no diese fuego, cuando el General Sucre y Escalona atacaban á los amotinados. El General Sucre dando una prueba más de generosidad, ascendió á Balisea á subteniente y le regaló una regular suma de dinero, con que hizo la felicidad de aquel leal soldado.

Debelada la criminal intentona de Chuquisaca, llamó Sucre al General Undiminea á encargarse del poder en su carácter de Presidente del Consejo de Ministros, y se retiró al campo en compañía de su Primer Ayudante Colástico Andrade, á elaborar el Mensaje que debía presentar al Congreso en su reunión constitucional de 1828.

El General Sucre había ofrecido alejarse de la escena pública y retirarse á

su patria á vivir la vida apacible del hogar, después de haber cumplido los sagrados deberes de ciudadano, de soldado, de patriota y de magistrado, quedándome como gaje y recuerdo glorioso, la fractura de un brazo, fruto de la Independencia de Bolivia.

El héroe cumanés sentía ya en su noble alma el frío glacial del desencanto que le proporcionaban las decepciones de sus hermanos, las pérfidas intrigas de viles rivales y las negras combinaciones de embozados enemigos. El era un genio, y los genios no saben combatir en las filas de la deslealtad, sino en los campos del honor, donde la lealtad es una religión, el patriotismo una virtud, la amistad un deber, y donde se alcanzan las palmas de la gloria en lid gallarda, sin poner en juego, y como único medio de acción, la odiosa insidia, la criminal traición!

Rezan las tradiciones que en su retiro al campo, el General Sucre se ocupó con interés del Mensaje que debía presentar al Cuerpo Legislativo, y dictaba,

Ra sgos biográficos—8

paseándose por debajo de los árboles, con facilidad suma, todos los pormenores de que debía constar aquel documento, célebre hoy en los anales de la historia.

Servíale de Secretario el General Andrade, quien sentado al lado de una pequeña mesa, trasladaba al papel las elucubraciones del adalid colombiano. Su cre buscaba en la soledad del bosque la inspiración del patriota, y regocijado en la paz dulce y arrobadora que brinda la conciencia á los hombres justos, trazaba en rasgos elocuentes, las fórmulas de la doctrina liberal que debía regir la naciente República boliviana que le había tocado en suerte gobernar, buscando en leyes sabias y magnánimas, los cimientos perdurables de su estabilidad; y dándole como Código el principio democrático, le abría ancha senda de prosperidad en el porvenir, como nación civilizada y digna del nombre glorioso de Bolívar.

Conocido es de toda la América Latina el Mensaje de que nos venimos ocupando, documento que realza más

y más el pensamiento que dominaba al General Sucre, el que constituía su ambición, que no fué otra que implantar el respeto á las leyes y á las garantías individuales, pedestal inconmovible en que descansa toda sociedad culta y que sirve de norte á los gobiernos republicanos.

«El que ha gobernado soy yo,» dice el héroe en uno de los párrafos de su Mensaje. «La Constitución me hace irresponsable, pero yo suplico al Congreso que en premio de mis servicios, grandes ó pequeños, se me despoje de esa prerrogativa y se me llame á la barra á responder de cualquiera infracción de la ley que se encuentre durante mi administración. Es por fortuna el cielo quien me ha librado de aparecer entre los Presidentes que entregados á sus ministros, abandonan la suerte de los pueblos que gobiernan.»

No pueden vertirse frases más elocuentes para llevar la convicción á un cuerpo colegiado; esas frases que revelan una virtud catoniana, sólo pueden salir de los labios de hombres del tem-

ple del General Sucre, que vivió amando la gloria con un alma de ángel y un corazón de héroe.

Al descender del poder el General Sucre, sucedióle en el mando el General Andrés Santacruz, quien hizo esfuerzos supremos y ocupó por mucho tiempo á sus ministros, en revisar escrupulosamente los archivos para ver si podía encontrar alguna infracción de leyes cometida por el General Sucre, durante su período presidencial, y de ese modo, inspirado por el odio, echar por tierra la obra del modesto colombiano; pero pronto vió su desengaño el General Santacruz, y después de un ímprobo trabajo, tuvo que abandonar su temeraria empresa, desengañado por no haber podido hallar un dato siquiera, ni aun el más pequeño desliz, que pudiese empalidecer la gloriosa Administración del General Sucre.

Fué tan profundo siempre el respeto que á las leyes tenía el General Sucre, que cuando se tramaba el motín de Chuquisaca, tuvo en sus manos el hilo de la trama y en lugar de reprimirlo,

dejó que se desarrollara para vilipendio de sus autores; y cuando su Ministro Infante le aconsejaba tomase medidas de represión, le contestaba: «Para proceder tengo que romper la Constitución: es necesario el hecho para obrar.» Y el motín estalló y fué víctima de tan villana felonía el General Sucre.

Libre el heroico cumanés de las atenciones y deberes oficiales que tenía para con Bolivia, se retiró á su hogar y á los pocos días se puso en marcha en dirección á Colombia, vía de Cobija, embarcándose en este puerto en un buque mercante que le condujo al Callao. Desde este punto ofreció el General Sucre sus servicios al gobierno peruano, para evitar la guerra que había estallado entre el Perú y Colombia. Sucre hizo supremos esfuerzos sacrificios infinitos; movió con su poderoso influjo resortes mil, tanto políticos como administrativos; puso en acción toda su pericia de profundo legislador y de hombre de Estado; pero á pesar de todo, nada pudo alcanzar el modesto adalid para llegar á un fin satisfactorio, que

evitase el derramamiento de sangre y restableciese la paz y la armonía entre peruanos y colombianos.

En tal situación, no convenía á las miras ambiciosas del colombiano Presidente del Perú, General José de Lamar, (guayaquileño), transigir, porque sus rivalidades para con el General Sucre y sus deseos de venganza para con el Libertador, lo cegaron de tal modo que no vió más que sus ruindadas para despreciar las súplicas de la Patria, que exigía á su honor un acto abnegado, una prueba de desprendimiento.

Viendo el General Sucre que era inútil todo esfuerzo que se hiciese para llegar á un desenlace feliz, abandonó aquel puerto y se embarcó con rumbo á Guayaquil, donde llegó el 17 de Setiembre de 1828, siguiendo después á Quito á unirse á su esposa la señora Mariana Solanda, con quien había contraído, por poder, el vínculo conyugal. En esta ciudad supo el doloroso estado en que se encontraba el ejército colombiano, ya por el exiguo número á que estaba reducido, pues apenas alcanzaba á 3.500

hombres, como por su desnudez y completa desorganización. Este pequeño y débil cuerpo tenía que hacerle frente á Lamar, que lo asediaba á la cabeza de 10.000 soldados, equipados y municionados convenientemente. La situación era por todo respecto favorable á los peruanos, quienes llenos de orgullo y vanidad creían infalible la victoria.

Comandaba las fuerzas colombianas el General Juan José Flores, siendo su Jefe de Estado Mayor General, el General Tomás de Heres. Ambos caudillos desconfiaban con razón del éxito de la campaña, y decayendo los ánimos, cundía el desaliento, sin poderse tomar medidas que conjurasen la catástrofe.

Crítica era por demás la situación para los defensores de Colombia; apremiantes los instantes, pues todo presagiaba la destrucción de la gran República, y se ansiaba por un caudillo que tuviese todas las condiciones requeridas para salvar la dignidad de la nación y mantener incólume el principio de autoridad.

El gobierno de Bogotá, inspirado tal

vez en designios providenciales, nombró al General Sucre Jefe Civil y Militar del Sur, ó sea Ecuador. Al llegar á conocimiento del General Flores este nombramiento, escribió al General Sucre suplicándole se hiciese cargo lo más pronto posible de la dirección de las operaciones militares, para así poder contener la facción de Lamar, que tomaba creces y se hacía poderosa y temible.

Por cartas del ilustrado y valeroso guayanés General Tomás de Heres, estaba enterado Sucre, de la desconfianza que inspiraba el ejército, del desprestigio en que había caído la oficialidad que lo comandaba y de la imposibilidad en que se encontraba para emprender una campaña tan llena de escollos y peligros; y haciendo un sacrificio más en aras de Colombia, aceptó el mando, abandonando nuevamente familia y hogar, y más que todo á su joven esposa en quien fincaba el bello porvenir de su esperanza. Sale de Quito de incógnito el General Sucre, y marchando tres días consecutivamente, sin tener más

descanso que horas, llega al fin á Saraguro en donde se hallaba estacionado el ejército colombiano, y sin ser sentido se introduce en la tienda de campaña en que se hallaba el General Heres. Al instante hace el General Sucre tocar orden general (era la una de la madrugada) disponiendo que todos los jefes de infantería se presentasen en actitud de combate. A la media hora de haber dado esta disposición el General Sucre, comparecieron á su presencia los Generales Luis Urdaneta y Sandes, Coroneles León Febre Cordero, Manuel León, Braun, Ricardo Wright, Antonio León, Luque, Leal, Melo y comandante Rondón, á quienes interpeló el General Sucre sobre su réproba conducta y sobre los sagrados deberes que tenían que cumplir como colombianos. Al hallarse frente á frente con el héroe de Pichincha, se intimidaron tratando de este modo de alejar toda sospecha de rebeldía y de vindicarse de sus malos procederes: pero el General Sucre poniéndose á la altura que demandaba el deber, les dijo: «Señores: ustedes han brindado

por mi sangre en sus diferentes orgías, yo vengo á ofrecérselas para ver quién de vosotros levanta el puñal de Bruto contra el Catón de América.» Estas enérgicas palabras y la impasibilidad que demostraba el General Sucre, produjeron un efecto terrible en el ánimo de aquellos jefes y oficiales y dándole amplias satisfacciones juraron inmortalarse á su lado el día que se librase la batalla.

El día siguiente lo empleó el General Sucre en reorganizar lo mejor posible el ejército, y al toque de oración y con la mira de precipitar á Lamar y traerlo al campo de batalla, destinó al comandante Piedrahita con cien cazadores á flanquear al ejército peruano situado en la alta cima de Saraguro y al batallón *Yaguachi* por el lado opuesto. Ambos cuerpos se desviaron en medio de la obscuridad de la noche y encontrándose en la mitad de la cuesta, se desconocieron y se rompieron los fuegos, que por fortuna fueron contenidos por Piedrahita, quien fué el primero en reconocer el error en que habían incurrido,

y combinándose con el jefe de *Yaguachi*, emprendieron la ascensión de la cuesta. Advertidos los peruanos se alarmaron y precipitadamente se pusieron sobre las armas, pero nuestros veteranos siguieron impasibles, hasta trabar combate contra las primeras fuerzas que se le opusieron, las que fueron derrotadas. Conseguido por Piedrahita el objeto de la misión que le confiara Sucre regresó junto con el batallón *Yaguachi*, al campamento.

En este encuentro perdió el ejército peruano cerca de 1.000 hombres la mayor parte dispersos, 2 piezas de artillería y gran cantidad de armas y municiones.

En medio de tan conflictivo estado, apareció en el campamento el coronel O'Leary, nombrado por el Poder Ejecutivo de Colombia para que por su parte tratara con el peruano, cuyo gobierno había comisionado como su representante al General Lavalle para que se entendiese sobre el afianzamiento de la paz, y al efecto, abriéronse con la autorización del General Su-

cre las conferencias en el puente de Saraguro. El sobresaliente capitán dióse á esperar el resultado de aquellas conferencias, y aunque sus combatientes eran inferiores en número, confiaba en la fortuna que siempre le había favorecido y mantenía viva en su corazón esa fe cristiana que jamás lo abandonó en la hora del peligro y que lo acompañó latente hasta su postrer instante.

Cuando más confiado estaba el General Sucre en la suspensión de las hostilidades, lo que le hacía creer que el enemigo no ejecutaría ninguna operación hostil durante este lapso, levantó Lamar su campamento y emprendió secretamente la marcha con su ejército hacia el Portete de Tarqui, con el objeto de atacar por retaguardia los cuerpos colombianos. Sucre supo por sus espías los movimientos del enemigo, y conociendo la felonía de Lamar, dispuso volar á su encuentro, é inmediatamente se puso en marcha, á las doce de la noche, la primera división á las órdenes del General Flores, con instrucciones expresas de no comprome-

ter batalla por ningún motivo. La segunda y tercera división siguieron la vanguardia con el intervalo de un cuarto de hora una á otra. Puesto en movimiento todo el ejército, oyó á las cuatro de la mañana el General Sucre nutridas descargas de fusilería que anunciaban un combate reñido, y poniéndose una mano en la frente exclamó: «¡Ya Flores ha comprometido la batalla!» y ordenando inmediatamente á los cornetas de banda tocar pasitrote, apresuró su marcha con el escuadrón *Dragones de la Guardia* que le servía de guardia de honor,

Al llegar el General Sucre á Tarqui, se le presentó el General Flores sin kepi, pidiéndole lo auxiliase con sus fuerzas. Sucre, como siempre impávido, le contestó: «Usted que comprometió la primera división, vaya y sáquela del conflicto en que la ha puesto.» El General Flores resentido regresó á ponerse al frente de sus soldados y alentado por su valor y bizarría, pudo salvar, luchando cuerpo á cuerpo con el enemigo, el resto de sus tropas, dejando

así vindicados sus títulos de experto General y valeroso jefe.

La presencia de Sucre bastó para conjurar el peligro, y la esplendente estrella que alumbraba la senda del caudillo colombiano, lo guiaba en esta vez con más felicidad para conducirlo á segar nuevos triunfos, como si Marte y Belona, hubiesen querido discernirle en Tarqui, sus últimos favores para que agregase á su carrera de brillantes triunfos militares los más frondosos laureles con que la gloria y la fama immortalizan al hombre.

Sucre en esta aventurada cuanto dudosa campaña, basaba el éxito de sus operaciones, en un numeroso espionaje, único medio de que podía valerse para contrarrestar la superioridad de su adversario. La causa que sostenían con las armas aquellos dos caudillos, en la legalidad Sucre y en el extravío Lamar, iba á decidirse con una batalla.

Pasadas las primeras impresiones del conflicto, se cruzaron varias notas entre los Generales Lamar y Sucre, notas de que hace mención la historia, pero

sin precisar sus términos; Lamar le escribía á Sucre diciéndole que tenía motivos de quejas y resentimientos para con Bolívar, y le agregaba: «Cuando usted era capitán, yo era coronel; cuando usted fué Coronel; yo fuí General; y cuando usted fué General, yo fuí Gran Mariscal; y sin embargo, fué usted por consejos del Libertador, elegido para mandar el Ejército Unido, irrogándoseme con ello un agravio que no he podido olvidar.»

Conociendo el General Sucre que Lamar se hallaba atormentado por el aguijón de la más negra envidia y de la ruín venganza, y que no eran otras sus intenciones sino tratar de eclipsar las glorias de los más eminentes ciudadanos de Colombia, para ver de realizar sus proditorios planes, le contestó: «Cuando usted era coronel, yo era capitán; cuando usted era General, yo era coronel; cuando usted era Gran Mariscal, yo era General; y sin embargo, fuí preferido á usted para dirigir la guerra, poniéndoseme á mis órdenes el Ejército Unido. Ahora, señor Gran Mariscal,

manda usted 10.000 hombres, y yo apenas cuento 3.500 y anda usted por las alturas y no baja al llano á ofrecerme batalla, para probar quién de nosotros es más capaz para dirigir un ejército.»

Con tan terminante respuesta quedaba herido en lo más íntimo el orgullo militar y la susceptibilidad de Lamar, quien tenía por delicadeza, que blandir su acero con más ceguedad que al principio, en aquella injustificable guerra, provocada por la más insensata ambición de mando y de rivalidades, contra los que habían sido sus nobles compañeros de armas.

Tarqui es una sabaneta sobre la cual descansan dos colinas que forman un espacio como de cien metros; ambas colinas, derecha é izquierda, la ocupaban los peruanos. La izquierda la mandaba el General Plaza, con una división de 3.500 hombres, y la derecha el General argentino Necochea, con igual número de soldados, y detrás de las colinas el General Gamarra, que forma-

ba el centro del ejército con el grueso de las fuerzas.

Prevenidos para el ataque ambos ejércitos, el General Sucre expidió la siguiente proclama:

Soldados!—Una victoria espléndida ó una paz honrosa, son necesarias á la dignidad nacional. La paz la habéis ofrecido generosamente al enemigo. La victoria se ostenta en las puntas de vuestras lanzas y bayonetas!

Soldados!—Los que han insultado las glorias de Bolívar, han insultado la Independencia Suramericana!

Soldados!—Se acerca el momento de vengar al Libertador y de vindicar las glorias de Colombia!

Cuartel general en Tarqui, el 20 de Enero de 1829.

Al romperse las hostilidades, tuvo el General Sucre que remontarse en el caballo del General Saenz; porque á los primeros disparos perdió el suyo. Al instante ordenó el General Sucre llamar al General Flores, y señalándole la colina izquierda, le dijo: «General, allí es-

tá la victoria: coja usted los batallones *Caracas, Rifles y Vencedores*, flanquéela colina sin disparar un tiro, y una vez que llegue á la planicie, cargue usted á Plaza á la bayoneta y canta usted victoria.»

Cuando el General Flores cumplía esta orden, despedazando á las divisiones de Plaza, apareció en el Portete el General Gamarra, á quien Sucre mandó á batir con los batallones *Pichincha, Azuai y Yaguachi*, disponiendo al mismo tiempo que la caballería flanquease apoyando la infantería. Después de media hora de combate, ni peruanos ni colombianos se veían en el Portete, y desiertas las colinas, sembrado el suelo de cadáveres, lleno el aire de desgarradores lamentos y vestido de luto el campo y la pradera, todo, todo, estaba indicando á Sucre la triste suerte que habían tenido las huestes de Lamar, y que el Dios de la Victoria á su frente ceñía una nueva guirnalda de gloria.

El castigo había sido ejemplar; la derrota completa. El orgullo humillado; la virtud vencedora. Colombia recobra-

ba su imperio; la justicia sus sacrosantos fueros; y el poderoso aliento de la libertad, se esparcía cual erupción volcánica pregonando su triunfo inmortal, mientras el himno de un mundo se entonaba en honor de los bravos colombianos!...

Después de la derrota, tuvo lugar un hecho importante desconocido hasta ahora en la historia. Las fuerzas colombianas aparecieron de repente en las colinas, vestidas con los morrales peruanos. Alarmado el General Sucre y teniéndolas como enemigas, ordenó á los batallones *Quito* y *Carabobo* arremeterlas, pero una vez emprendida la operación, se le hicieron señales con pañuelos al General Sucre, quien mandó suspender al instante las hostilidades. Era la división colombiana que se había disfrazado con el equipo de la peruana. El coronel Melo que comandaba el batallón *Pichincha*, venía á la vanguardia de los supuestos peruanos, y á él se dirigió el General Sucre preguntándole qué significaba aquella transformación, á lo que contestó Melo: «Que la cobar-

de división peruana no nos esperó y echó á correr, dejándonos sus morrales formados en columnas, y yo creí más ventajoso vestir nuestros cuerpos, que perseguir á esos venados.»

Sucre cubriéndose de gloria en el campo inmortal de Tarqui, se hace más inmortal al dirigirle al ejército la alocución que insertamos, en la que el fuego de su talento ilumina el espacio en transportes de grandezas, cuando dice:

Soldados!—Una paz honrosa ó una victoria espléndida era necesaria á la dignidad nacional. La paz la ofrecísteis al enemigo que, fascinado por el potente ejército que os oponía, desdeñóla.

Soldados!—La victoria se ostentaba en las puntas de vuestras lanzas y bayonetas, ellas han sido coronadas con los laureles de la victoria. Colombia y Bolívar están vengados!

Cuartel general en el Portete de Tarqui, á 21 de Enero de 1829.

Pertenecientes al ejército peruano, quedaron en el campo, entre muertos y heridos, 1.500 hombres de los cuales, 60 eran jefes y oficiales.

«Es inútil,» dice el general Sucre, en su parte oficial al Gobierno colombiano. «Es inútil hacer recomendaciones del señor General Juan José Flores, gallardo en todas ocasiones, y señalado siempre. Yo me aproveché del mejor momento de la batalla para nombrarle en el mismo campo General de División y para expresarle la gratitud de la República y del Gobierno por sus servicios.» Encomia también el General Sucre en esa pieza oficial, la conducta admirable del General Tomás de Heres, lo mismo que la de los generales Saenz, Urdaneta y Sandes, coroneles O'Leary, Manuel León, Braun, León Febre Cordero, Antonio León y Ricardo Wright, quienes secundaron al intrépido vencedor en Ayacucho, en sus esfuerzos por alcanzar el triunfo de Colombia, olvidando las desavenencias de Saraguro.

Destruído el ejército peruano, ofreció Sucre una capitulación al General Lamar, la que, aceptada por éste, salvó el resto de sus desbandadas fuerzas y economizó el derramamiento de sangre.

Durante la capitulación, el General

Sucre quiso probarle una vez más al jefe insurrecto, que era superior á él por todos respectos, no tan sólo en la carrera de las armas, sino en genio como guerrero, en virtudes como ciudadano, en talentos como hombre de Estado, en generosidad como liberal, en desprendimiento como patriota, en nobleza como soldado, en abnegación como amigo; y para justificar sus títulos y darle una prueba más de su desdén, le repite en una de sus cartas: «Cuando usted era coronel, yo era capitán; cuando usted era General, yo era coronel; cuando usted era Gran Mariscal, yo era General; y sin embargo, fuí preferido á usted para dirigir la guerra, poniéndose á mis órdenes el Ejército Unido. Hoy le he probado á usted que merecí la confianza de la Junta de Guerra que me nombró, pero no por eso puedo dejar de ser generoso con los coamericanos, cuando lo fuí con el ejército español en Ayacucho.»

Sucre le concedió á Lamar amplias y plenas garantías lo mismo que á sus demás compañeros, conformándose con

que su honrosa victoria hubiese asegurado la paz, el orden y la libertad en Colombia, con el vencimiento de uno de los caudillos más tenaces, que creyó en su demencia ser árbitro y señor de sus destinos.

Terminada la misión del General Sucre, éste regresó nuevamente á Quito al seno de la familia, dejando hecho cargo del mando del ejército al General Flores.

Poco tiempo después de librada la batalla de Tarqui, llegó Bolívar á Quito, donde recibió los trofeos de la victoria obtenida contra Lamar, ofrendados por Sucre, quien siempre hizo partícipe á su Jefe y amigo de los triunfos con que lo favoreciera el destino.

Breves fueron los días que permaneció el Libertador en aquella ciudad, porque un grave acontecimiento requería su presencia en Guayaquil.

El General Sucre había celebrado un tratado en Jirón con Lamar el 28 de Febrero de 1829, cuyo tratado estaba concebido en los mismos términos que el que le había propuesto el General

O'Leary en Saraguro, antes de la batalla Tarqui, por el cual se comprometía entregar á Colombia la corbeta de guerra *Pichincha* como propiedad de la nación, obligándose al mismo tiempo el gobierno peruano á pagar 150.000 pesos que alcanzaban las deudas contraídas en Guayaquil, para el sostenimiento del ejército y la escuadra y el rendimiento de esta plaza. Pero Lamar, una vez que se vió lejos de las fronteras colombianas, se negó á cumplir las condiciones del tratado de Jirón, resistiéndose á la entrega de Guayaquil. Sabedores los jefes que defendían la ciudad, de que Bolívar se aproximaba, incendiaron la corbeta de guerra peruana *La Prueba*, ofreciéndole rendirse por medio de una capitulación que les garantizase sus vidas é intereses, la que, concedida por el Libertador, hizo volver al régimen legal la ciudad rebelde.

Bolívar, que marchaba aceleradamente sobre el Ecuador, tuvo que detenerse, al saber la noticia del alzamiento del General José María Obando, en Popayán, quien había seguido las banderas

de Lamar; cuyo alzamiento terminó felizmente con un generoso decreto de amnistía expedido por Bolívar.

Sometido Obando, siguió en compañía del Libertador hasta Guayaquil, aparentando un arrepentimiento que estaba muy lejos de sentir, y que disimulaba con la más irónica hipocresía.

Residía en Guayaquil, la renombrada familia Garaicoa, que por su decisión, amor y servicios á la causa patriota, había adquirido gran celebridad. Entre los miembros de ella, sobresalía una señora de nombre Joaquina, mujer altiva y varonil, dotada de gran animosidad, quien adoraba al Libertador, tratándole siempre con una confianza ilimitada. Al pisar Bolívar las playas de Guayaquil, se adelantó dicha señora á saludarle, y en trasportes de gozo, exclamó: «Simón! ¿Por qué no has fusilado á ese pícaro de Obando, á ese faccioso, á ese traidor?» El General Obando, que se hallaba en ese instante al lado de Bolívar, quedóse estático al oír aquellas injuriosas palabras, sin proferir una sola frase. Al verse el Libertador en tan

serio compromiso, trató de calmar los arranques impetuosos de la señora Garaicoa, diciéndole con amabilidad: «Joaquina: los hombres cometen graves errores políticos, pero se desengañan y vuelven sobre sus pasos, y para probarlo, tengo el gusto de presentarte al General Obando,» y tomándolo de la mano se dirigió hacia ella. La señora en lugar de aceptar la presentación, dió un paso atrás, examinando á Obando con una mirada de desprecio, y volviéndose á Bolívar, le repuso: «Simón no te engañes. Ese hombre es un traidor, se le conoce en los ojos, no te fíes, *que el que hace un cesto hace ciento...*» Obando, abochornado, por el insulto brusco é inesperado de aquella señora, pidió á Bolívar licencia para retirarse á Pasto, la que le fué concedida inmediatamente.

Semejante episodio tiene algo de extraordinario, algo de misterioso. Si en la esfera de lo humano, la superstición pudiera considerarse como revelación divina, diríamos sin temor de equivocarnos, que la señora Garaicoa, había

descubierto en la fisonomía de Obando, lo funesto que iba á ser este hombre en lo futuro á la causa de la libertad, desde que desertando de las filas españolas donde había militado, abjuraba de sus principios para incorporarse á la revolución que devoraba en América el centro de Castilla. Obando fué una de esas figuras apocalípticas que aparecen en medio de los azares y convulsiones de la guerra, como azotes de la humanidad, para cometer toda clase de delitos y de traiciones.

En el curso de los relatos que venimos haciendo de los actos de la vida pública del Gran Mariscal de Ayacucho, Obando tiene que ocupar puesto preferente, como autor principal del asesinato de este eminente colombiano, y nada, absolutamente nada, exageraremos en la narración de estos acontecimientos, en que tan pérfida como importante parte tomara el asesino de Bermeos.

La desastrosa cuanto injusta guerra del Perú contra Colombia terminó al fin con la prisión del General Lamar en

Puria, en la noche del 7 de Junio de 1829, la que llevaron á efecto los comandantes Lira y San Román de orden del General Gamarra. Confinado Lamar á Costa Rica, murió al poco tiempo en su destierro, con el alma entristecida y el corazón desgarrado por el más cruel desengaño.

Encargado del mando de la nación peruana el General Gamarra, no tuvo la dicha de afianzarse en el poder, siendo derrocado por medio de otra escandalosa traición, tan en boga en aquellos calamitosos tiempos, recibiendo así su condigno castigo, pues siendo actor principal de estas sangrientas escenas, cuando fingiéndose amigo de Lamar provocaron tan infame guerra, debía terminar, como terminó su triste carrera en Bolivia, cuya República fué siempre víctima de sus atropellos é inmorales desvarios.

Así desaparecieron de la escena pública estos dos hombres incorregibles, instigadores de tantos escándalos y corifeos principales del sombrío motín de Chuquisaca, contra el General Sucre.

Retrocedamos un instante para dejar descrito, cómo días antes de la batalla de Tarqui, pudo salvarse una vez más del puñal homicida la preciosa existencia del General Sucre, en una conjuración que contra su vida tramó el coronel José Ignacio Luque. Este horrendo proyecto fracasó por haberlo delatado al Mariscal Sucre y al General Flores, el comandante del batallón *Pichincha*. Flores, procediendo con la actividad que demandaban las circunstancias, ordenó procesar á Luque, el que irremisiblemente habría expiado en el patíbulo su cobarde felonía, si el Mariscal Sucre, convencido de que lo que motivaba aquel crimen no era más que una cuestión personalísima, las que siempre les fueron odiosas, no se hubiese negado tan rotundamente á facilitar las pruebas tan necesarias á la formación del juicio.

No era esta la primera vez, como ya lo hemos visto, que se quiso asesinar al Mariscal Sucre, pero el héroe siempre magnánimo, impedía el castigo, contentándose con condenar á sus viles enemigos al desprecio y ludibrio eterno y

á los remordimientos de su conciencia.

Así lo vimos perdonando á Berdeja y á los autores del motín de Chuquisaca, ahora levantando á Luque del cadalso, donde debía pagar con la vida su traición.

Causa admiración la generosidad del vencedor en Ayacucho para perdonar á sus adversarios. El sentía en el alma grata satisfacción al olvidar los agravios que se le irrogaban. Penetrados de esta verdad fué tal vez que los historiadores Baralt y Díaz escribieron que era «Difícil concebir cómo tuvo Sucre enemigos, habiendo sido moderadas sus opiniones, sus servicios á la Patria desinteresados, finas y agradables sus maneras, bueno su corazón y en extremo generoso.»

Fatígase el pensamiento al querer profundizar, cómo un sér tan virtuoso como Sucre, que á todos los actos de su vida imprimió el sello de la lealtad, pudiese tener un fin tan desastroso, cuando su existencia fué siempre respetada por el mortífero plomo de los combates, por el puñal de alevosos

asesinos y hasta por las olas embravecidas del Mar de las Antillas (*) y que

(*) El año de 1815, hallándose el General Sucre desterrado en la isla inglesa de Trinidad, (Puerto España), tuvo noticia de que Bolívar había arribado á Güiría, con una pequeña expedición de los Cayos. Tan fausta nueva entusiasmó á gran número de emigrados, quienes animados por Sucre, fletaron una pequeña piragua y embarcándose en ella, hicieron rumbo á Costa Firme. Entre ese puñado de patriotas, resueltos é intrépidos, se encontraba la señora María de Llamozas, quien prohibaba á la niña Petra Guerra, (Esposa que fué del señor José Manuel Barceló, quien formó en esta ciudad una digna familia), y el señor José María Márquez. Frente á las Bocas de Dragos, zozobró la piragua, combatida por fuertes brisotes, contándose en el número de los que se ahogaron, el señor Márquez, hermano de la esposa del señor Vicente Sucre, padre del Gran Mariscal de Ayacucho. El General Sucre, confiado en su fuerza de natación, se separó del borde de la piragua del cual se había asido, sin tener en cuenta la fuerza de las corrientes impetuosas, que lo arrastraron al instante á alta mar. A la salida de las Bocas tropezó el General Sucre con un remo de la misma piragua, y apoyándose en él logró mantenerse á flote toda la noche en "lucha abierta" con la muerte, pero esta no le arredraba en tan tremendo trance, porque su corazón de héroe lo reanimaba. Al amanecer, pudo alcanzar un baúl que flotaba, (feliz coincidencia, era el del señor Márquez, su tío), y desembarazándose de los pantalones, amarró con ellos el remo en una de las argollas que tenía el baúl y se puso á bregar en busca de tierra. Esfuerzo inútil, sólo á la Providencia le era dado salvarle!

hallándose por mucho tiempo como jefe al frente de numerosos ejércitos, supo conducirse con tanto tino y prudencia, que no llegó nunca á inspirar odios á sus soldados ni á sus subalternos, porque él, según la expresión del Libertador «era el alma del ejército en que servía; todo lo metodizaba; todo lo dirigía; pero con aquella modestia, con aquella gracia con que hermooseaba cuanto hacía; él era el mediador, el consejero, el guía, siguiendo siempre la buena causa, corrigiendo el desorden y sin dejar de ser amigo de todos sus compañeros de armas.»

Desengañado y sin esperanza de vida, por tener agotadas las fuerzas, se dejó guiar, fiado en Dios, por el empuje de las olas, cuando á las tres de la tarde fué recogido por Santiago Calderón y Francisco Javier Gómez, mandados por su padre á revisar el mar á ver si le encontraban. El General Sucre, aunque extenuado por el cansancio y el frío, conservaba su entereza varonil, y una vez puesto á salvo en Puerto España, sintió arder en su alma con más pasión la llama del patriotismo y se embarcó nuevamente con dirección á Güiría, donde se incorporó á aquella heroica pléyade de orientales tan célebre por su valor y denuedo en la guerra de la Independencia patria.

No había descansado aún el Mariscal Sucre de las rudas fatigas de la recia campaña de Tarqui, cuando recibió en Quito la nota oficial por la cual le nombraba el General Rafael Urdaneta, que en su carácter de ministro de guerra, ejercía la Presidencia de Colombia, comandante en Jefe de las fuerzas destinadas á debelar la revolución, que acaudillada por el General José María Córdova, había estallado en Medellín, en los momentos en que se reunía en Bogotá el Congreso colombiano. Sucre, rehusando aceptar esta nueva honra, contestó al Gobierno que él no mancharía jamás su espada con el *orín* de la guerra civil; y que Córdova era conmitón de sus glorias, y su sangre le era querida. El General Urdaneta, hallando justas las excusas de Sucre, nombró entonces al General O'Leary, á quien tocó la triste misión de hacer sucumbir á Córdova en Cordocanqui. donde cayó sin vida ese héroe prodigioso que se sublimó en Ayacucho en medio de los himnos á la

libertad y las detonaciones de los bronces de la República...

Pacificado el Sur de Colombia, el libertador regresó á Bogotá, y á su paso por Quito, le encareció al Mariscal Sucre concurriese al Congreso que debía reunirse en Bogotá, como senador electo por Cumaná, á cuyo puesto lo había elevado el sufragio popular de aquella provincia.

Preparado el Mariscal Sucre para concurrir al Congreso, unos días antes de su partida le arrojaron por una de las ventanas de su casa un pasquín, concebido en estos términos: «Usted será asesinado aun en los brazos de su mujer.» Las tradiciones refieren que al imponerse el héroe del miserable anónimo, se lo llevó á su esposa diciéndole: «Mariana: tú serías capaz de hacerte cargo de esto,» y viendo con desprecio aquella amenaza, olvidó pronto el primer anuncio en que le pronosticaban su desgraciado fin.

Si siguiéramos narrando todos los pormenores de que está sembrada la carrera pública del eminente personaje

cuyos rasgos biográficos escribimos, tendríamos material para formar gruesos volúmenes, tan abundantes así son los episodios de que está rodeada la existencia de este hombre extraordinario, que no pueden describirse en las estrechas páginas de un folleto.

Despreocupado y sin temor alguno, emprendió Sucre su viaje á Bogotá á ocupar su puesto en la Asamblea colombiana, conocida en la historia con el nombre de Congreso Admirable, y al pasar por Pasto, fué á abrazarlo y á besarlo el General José María Obando, en cuyo acto díjole Sucre á sus amigos: «Este es el beso de Judas.»

No era errónea la creencia del Mariscal Sucre, él desconfiaba de los halagos de Obando porque en lo íntimo de su corazón había una voz oculta que le gritaba: ese será tu verdugo. No erraba, repetimos, en mantener esa creencia el modesto paladín, y lo prueba la historia, que señala á Obando como el asesino del Abel americano.

Proxima la entrada del General Sucre á Bogotá, donde ya se sabía su concu-

rrencia al Congreso Admirable, se hizo tan ansiada su llegada, que era tema de todas las conversaciones no tan sólo en los círculos políticos, sino en las regiones de las diversas clases sociales y en las masas del pueblo, donde gozaban el modesto campeón de una popularidad inmensa; de ese prestigio verdadero que arrastran en pos de sí los hombres públicos, que no se adquiere con el terror, sino por medio de acciones generosas; que tiene la sanción moral, sin visos de ambiciones banderizas, porque está basado en el amor á los predestinados á engrandecer naciones y hacer noble y magnánima la idea que defienden, el principio que establecen, la doctrina que predicán, el credo que rezan y que convierten en Evangelio los grandes genios que se inmolan por el establecimiento de la libertad en el seno de las sociedades oprimidas, y por esparcir la civilización y la luz en los tenebrosos antros de la ignorancia.

Llega el anhelado instante de la entrada del héroe á Bogotá, y reinando, como hemos dicho, férvido entusiasmo

por su llegada, al mismo tiempo que gran curiosidad por creerlo rodeado de un numeroso Estado Mayor ó de un séquito considerable, como caudillo de nombradía, la población se lanzó á la calle y más de 3.000 personas se dirigieron á la avenida de San Vitorino á saludar á su ilustre huésped, entre gritos de alegría y expansiones de amor y de respeto.

La animación crecía, y henchidos del más patriótico entusiasmo los corazones, exasperábanse los ánimos por la tardanza del vencedor en Pichincha, y aquella inmensa muchedumbre formaba olas gigantescas semejantes á las que levanta el Océano cuando ruge enfurecido agitado por la tormenta.

Pronto vino el desengaño, porque el héroe, modesto como siempre, pasó por entre aquella masa humana sin ser conocido; sin Estado Mayor y sin séquito, cabalgando en una mula, vestido humildemente, envuelto en una capa y seguido de un asistente.

Ya en las calles de Bogotá el General Sucre, fué conocido por un transeunte,

quien inmediatamente llevó la noticia á San Vitorino. La reunión había crecido prodigiosamente, y en posesión de la grata nueva de hallarse su predilecto adalid en la ciudad, se precipitó hacia su morada alegre y bulliciosa, victoriando su nombre, á rendirle homenaje de gratitud, de cariño y agradecimiento.

No conforme los admiradores del General Sucre con la frenética ovación que se le hiciera en el día, prepararon por la noche en el teatro una espléndida velada, y se le exigió su presencia.

El valeroso guerrero asistió á ella, y fué objeto de repetidas muestras de aprecio de parte de las personas más conspicuas de la sociedad bogotana. Los alumnos del colegio de San Bartolomé, lo proclamaron Presidente del Instituto; y el pueblo, ese pueblo americano que á tan subido precio ha pagado su libertad, le aclamó y le apellidó con justicia, ilustre y denodado Jefe de su independencia patria.

Tristes reminiscencias, apocalípticas reflexiones vienen á nuestra mente después de haber descrito tan ruidosa re-

cepción, y se agolpan á la memoria los recuerdos de las dolorosas escenas que precedieron al asesinato del héroe, que aun duerme olvidado el sueño del indiferentismo. El General Sucre ignoraba que aquellas ovaciones eran el fundamento de su muerte, no porque fuese traidor el pueblo que se las ofrendaba, sino porque el partido llamado *Demócrata*, mezquino é impotente, alimentaba como toda minoría la idea del crimen para poder obtener la victoria que no le era posible alcanzar por medios lícitos, y no podía ver con indiferencia que gozase su ilustre víctima de una popularidad tan inmensa.

Abiertas las sesiones del Congreso fué electo Presidente el General Sucre, á pesar de hallarse congregados en aquel cuerpo los hombres más eminentes de Colombia, y aun cuando rehusó tan elevado encargo, tuvo que aceptarlo contra su voluntad, porque se le advirtió que el puesto no era renunciabile.

Durante los debates se mostró modesto el General Sucre, hasta que por notas oficiales se supo la segunda de-

cepción del General José Antonio Páez, en Venezuela. Esta malhadada nueva, de suyo alarmante, indujo al Congreso á nombrar al General Sucre junto con el Obispo de Santa Marta, comisionados cerca del General Páez, con la misión de tratar sobre la paz y detener el curso de la revolución.

La resolución del Congreso sobre la misión del General Sucre y el Obispo de Santa Marta, fué de paz y de concordia, pues el General Sucre renovó nuevamente sus juramentos de no desenvainar su espada para combatir contra sus hermanos, ni manchar sus glorias con el *orín* de la guerra civil. Aceptadas por el Congreso sus condiciones, emprendió su viaje á Venezuela. Una vez que hubo llegado á Mérida, encontró en este lugar al General Judas Tadeo Piñango, quien le encargó regresase á Cúcuta á esperar los comisionados del General Páez. El General Sucre, penetrado de su misión y deseando cumplir las instrucciones de que se hallaba revestido, manifestó al General Piñango, que accedía á su exigencia no

obedeciendo al poder de las bayonetas que le servían de apoyo, porque estaba persuadido de que podía hacerlas volver contra él, sino porque sus insinuan-tes súplicas lo inducían á tal condes- cendencia.

El comisionado del General Páez era el General Santiago Mariño, quien co- nociendo al General Sucre desde su infancia, no le trataba sino de *Antoñico*, á cuyo nombre sonreía siempre el Ge- neral Sucre.

Estando en conferencia el General Mariño con Sucre, propúsole éste como medida prudente para salvar la Patria, que se desterrasen á todos los Genera- les que se pretendían con derecho á dominar á sus compatriotas, inclusive el Libertador, por lo que prestaba las garantías que se le exigieran.

Basada esta conferencia en la lealtad del más franco y sincero compañerismo y en la antigua amistad que siempre se profesaron aquellos dos jefes, que jun- tos emprendieron la atrevida expedición de Chacachacare en los días magnos de Venezuela heroica, tuvo la grandeza

que imprime el patriotismo á tales actos cuando éstos los guía la buena fe, por eso en lenguaje amistoso le replicó el General Mariño al General Sucre: «¿Crees tú, *Antoñico*, que José Antonio, (refiriéndose á Páez) se destierre de Venezuela, ni yo tampoco? ¿Qué haríamos nosotros en el extranjero?»

«Esperar», contestó el General Sucre, «Esperar que se constituyan los pueblos de Colombia según su voluntad, y volver al llamado de la soberanía nacional».

Mariño, valido de la astucia y la confianza, esquivaba por todos los medios continuar con Sucre tratando sobre el arreglo de un convenio que diese por resultado el sometimiento de Páez al régimen constitucional, y comprendiéndolo así el General Sucre, le habló de los sucesos gravísimos que se verificaban en Venezuela, añadiéndole: «Yo tenía razón cuando le escribía al Libertador, contestándole su carta en que me participaba la revolución de la *Cosíata*, que si necesaria había sido la sangre del ilustre PIAR para regar el árbol

de la Independencia, necesaria era la sangre del ilustre Páez para regar el árbol de la Ley; y si Bolívar hubiera oído mis consejos, no viéramos á Colombia desgranándose y convertida en campo de Agramante.»

Mariño sonrió al pronunciar Sucre estas frases, y volviéndose hacia él le replicó: «No lo creas, *Antoñico*: nosotros conservaremos la paz y consolidaremos á Venezuela.»

A lo que contestó el General Sucre: «Ustedes embochinarán á Venezuela, y las primeras víctimas del bochinche serán ustedes.»

Mariño no contradijo á Sucre, antes por el contrario, trató de variar la conversación, y las profecías de Sucre se cumplieron, pues al separarse Venezuela de la gran Colombia, fué pasto de la anarquía y de la discordia, pereciendo en manos de fieros asesinos muchos de sus eminentes servidores y sucumbiendo los más en la miseria ó en el ostracismo.

Al convencerse el General Sucre que Mariño rehusaba en absoluto sus pro-

posiciones, dió por terminadas las conferencias y regresó junto con el Obispo de Santa Marta á Bogotá, á rendir cuenta de su cometido.

A la llegada de los comisionados, que se esperaban con ansiedad, para deliberar la suerte de la nación, agitada por el furor de desenfrenadas pasiones, ya el Congreso se hallaba fraccionado por las asechanzas del partido *Demócrata*, el que no perdía instantes para infundir la discordia entre los poderes públicos; y al saberse que nada habían podido conseguir los comisionados con los representantes del General Páez, para llegar á un advenimiento pacífico y evitar el desmembramiento de Colombia, cundió con más fuerza el desaliento; suceso de suyo doloroso que había hecho desprestigiar al Congreso, y desagrado el pueblo, se mantenía en abierta rebelión negándose á reconocer las disposiciones emanadas de aquel soberano cuerpo.

Vuelto al seno de la Cámara el General Sucre, en tan difíciles momentos, dejó oír su palabra fácil y persuasiva

llevando la convicción á los exaltados ánimos, logró armonizar las distintas opiniones y encarrilar los asuntos administrativos.

Debatíase con ardimiento patriótico la delicada cuanto trascendental cuestión de elegir el Presidente de la República, y el Congreso después de maduras reflexiones para fijarse en un hombre eminente, capaz de contener la guerra civil, que llenase las aspiraciones de los pueblos y que tuviese las dotes de mando requeridas para regir los altos destinos de Colombia, eligió al Mariscal Sucre, elección que fué acogida con general aceptación, porque el vencedor en Pichincha, reunía en sí, á más del prestigio de su nombre, las condiciones de mando apetecibles y gozaba de inmensas simpatías en el extenso territorio del Nuevo Mundo, donde en combates mil, había brillado su espada por la emancipación de la América Latina.

El General Sucre, antes de enorgullecerse por tan honorífica distinción, renunció el nombramiento, pretextando

que el país estaba cansado de gobiernos militares; y tomando de la mano al señor Joaquín Márquez y presentándose al Congreso, pronunció las siguientes palabras: «Hé aquí un Presidente que honraría su gobierno y al pueblo que gobierne.»

Ante la rotunda negativa del General Sucre, de no aceptar la primera magistratura de Colombia, el Congreso vióse en la necesidad de elegir al señor Márquez, ciudadano de austeras virtudes, de grandes servicios á la causa republicana, de honradez á toda prueba y dotado de vasta inteligencia, cualidades que le enaltecían haciéndole digno para ocupar el solio presidencial de la República.

Terminadas las sesiones del Congreso Admirable, el General Sucre se dirigió á Quito acompañado del Senador por Cuenca José Andrés García Trelles y de los asistentes Lorenzo Caicedo y Francisco colmenares. Antes de su partida, ya la *Sociedad Democrática* de Bogotá había decretado su muerte, y aunque advertido el héroe con anticipación

del crimen que se premeditaba, siguió imperturbable la senda funesta que le demarcaba el más implacable destino.

Si el General Sucre, desconfiando de las promesas y ofrecimientos que le hicieran algunos hombres pérfidos é intrigantes, envidiosos de sus glorias y de su fama, hubiera dado crédito á las diversas versiones que circulaban de que sería asesinado si continuaba su marcha por la vía de Pasto, se habría salvado quizás de la tremenda sentencia pronunciada por la *Sociedad Democrática*; pero como la existencia del hombre está rodeada de impenetrables misterios, siguió aquella senda, obedeciendo los ineludibles decretos del Supremo Artífice.

Cuando esto acontecía, el Libertador penetrado de que la hora de angustias y desengaños había sonado para los dignos y leales servidores de la Independencia americana y que la disolución de Colombia era inevitable, se había dirigido á Santa Marta, con el propósito de embarcarse para Europa á los Estados Unidos.

La *Sociedad Democrática*, creada única y exclusivamente para hacerle al Libertador la más impía guerra, estaba persuadida de que el General Sucre, como amigo consecuente de Bolívar, secundaría sus ideas, y que por consiguiente era un obstáculo insuperable para la demagogía bogotana, no tuvo en mientes para ordenar la muerte de aquel ilustre caudillo, ni su abnegación, ni su patriotismo, ni su desprendimiento ni la firme resolución de retirarse de la vida pública y emprender un viaje á Europa, para desechar las amargas impresiones que en su espíritu causaba la guerra civil en Colombia, á cuyo electo había escrito desde Popayán á un hermano suyo que residía en Guayaquil, ordenándole fletase un buque con la expresa condición de que debía tener 15 días de estadía en el Callao, tiempo suficiente para arreglar sus asuntos privados, porque en dicho puerto estaban radicados la mayor parte de sus intereses. Cumpliendo sus instrucciones fletó dicho hermano el bergantín *Henrieta*, capitán Rous, por la suma de 4.000 pe-

sos. El buque se contrató el 1.º de Junio de 1830 y el 4 del mismo mes, se consumaba el espantoso crimen en Berreucos. Sabido en Guayaquil tan infausto suceso, reclamó Rous el falso flete y debido á la generosidad del General Juan José Flores, le entregó éste de su peculio á Rous, la cantidad de 2.000 pesos.

En la borrascosa sesión de la *Sociedad Democrática* en que se decretó la muerte del General Sucre, uno de sus miembros más importantes, el General Caicedo, horrorizado ante tan tremenda disposición, salvó su voto exclamando: «Es posible que uno coopere á la muerte de un justo.»

Tan pública se había hecho la ordenada por la *Sociedad Democrática*, de asesinar al General Sucre, que una vez que hubo llegado á Popayán fué éste á visitar á la señora madre del General Mosquera, la que bañada en lágrimas le suplicó que detuviese su marcha ó que no pasase por Pasto porque iban á asesinarlo, é ignorando, pero no así el General Sucre, que el General Hilarión

López había rehusado hacerse cargo de tan atroz mandato, díjole: «Su muerte está decretada por la *Sociedad Democrática* de Bogotá, y el General Hilarión López es el encargado de perpetrar el crimen.»

El General Sucre, resuelto á hacerle frente al peligro que le amenazaba para de ese modo no mostrarse débil y cobarde ante sus enemigos, contestó á aquella noble matrona: «Señora: lo que va á suceder escrito está.»

A la verdad, el General José María Obando no había sido el escogido para cometer el crimen. La *Sociedad Democrática* se había dirigido al General Hilarión López, residente en Neiva, haciéndole este terrible encargo; pero López, sagaz y previsivo y estimando en alto grado su dignidad, remitió á Obando la orden, en cuyo ánimo perverso encontró acogida.

Por una extraña casualidad no acertaron los miembros de aquella luctuosa Sociedad, con el día en que se perpetraba en Berruecos el horrendo asesinato, pues la víspera de consumar-

se, se publicaba en las columnas de *El Demócrata*, número 3, el siguiente suelto: «Pueda ser que *Obando haga con Sucre*, lo que nosotros no hicimos con Bolívar y por lo cual el gobierno está tildado de débil, y nosotros todos, y el gobierno mismo, carecemos de seguridad.»

Refiriéndose á esta inexplicable casualidad, dice un historiador: «Si Sucre hubiese andado un poco más, habría sido muerto el mismo día en que se publicaba aquel anuncio, á 170 leguas en que fué cometido el asesinato.»

Mientras más avanzaba el héroe hacia la lúgubre montaña de Berruecos, más se compadecían de su suerte en las poblaciones en que pernoctaba, y en todos aquellos pueblos en que no se había extinguido la gratitud, y el amor hacia uno de sus libertadores, salían á su encuentro á ofrecerle sus servicios para evitarle una muerte desastrosa, pero él rehusaba toda oferta porque el hábito de la desgracia helaba ya sus sienes y aquel corazón heroico que convirtió en titán al generoso guerrero en el cam-

po de Ayacucho al sellar la independencia de un mundo, debía dejar de palpar traspasado por balas homicidas.

Atravesando las calles de Popayán el General Sucre, para tomar el camino de Tambío, pudo observar que muchas personas lo bendecían como al que se despide para jamás volver, sin que estos pronósticos fatídicos le amedrentasen y le hiciesen retroceder.

Al llegar á Aguas Blancas, se le presentó el comandante Centeno, que comandaba 200 hombres, ofreciéndosele para servirle de custodia como explorador que era de la montaña de Berruecos, pero el General Sucre desechando tan generosa oferta, dióle las gracias á Centeno, diciéndole: «Comandante: la cuestión es personalísima y yo no consiento que ningún ciudadano sacrifique su existencia por salvar la mía.»

Ya era un hecho la resolución del General Sucre de aceptar el sacrificio. Un oculto designio lo guiaba á aquellos sombríos bosques que debían mancharse para siempre con la sangre generosa del Abel americano, y de ahí su

empecinamiento en rechazar toda compañía, toda medida de salvación.

Al abandonar á Mercaderes, pueblo situado en la planicie que demora al pie de Berruecos, vino á saludarlo el Juez de aquel lugar, quien le encareció no continuase por aquella vía, que le daría baqueanos que le guiasen por Barbacoas, porque en esa montaña, díjole «corre peligro su vida.» Pero el General Sucre, desatendiendo los prudentes consejos del Juez, le contestó señalándole el cielo: «Sólo Dios sabe lo que puede sucederme.»

Sucre que había paseado triunfante su pendón de guerra, desde las márgenes del Orinoco hasta los confines del Cuzco, debía dormir el sueño de la muerte en medio de las soledades de una montaña, teniendo como epitafio para su tumba las elocuentes palabras que vertiera al saber su triste fin, el Genio tutelar de América: *Se ha derramado la sangre de Abel!*

El adalid avanza: nada le arredra: tranquilo está su espíritu, su conciencia reposada: no le intimida el miedo y

mientras más se aproximaba hacia la terrible montaña, se acrecenta su valor y heroísmo, y vaticínase él mismo su suplicio. Al llegar á la subida de Berreucos, le llama la atención á García Trelles, (estaban frente la cuchilla de la Venta): «Allí, le dice, se confecciona mi muerte, no importa: si el cielo así lo ha ordenado cúmplase mi destino.» Subiendo la cuesta de su calvario continúa imperturbable, y al encontrarse con el primero de sus victimarios, el coronel José Gregorio Sarria, que venía de Pasto, le preguntó á dónde se dirigía, á cuya pregunta contestó fríamente el insigne malvado: «Voy á Popayán en comisión del General Obando.»

No se escapaba á la penetración del General Sucre, que aquel famoso malhechor, que acaudillaba la cuadrilla de bandidos que debía asesinarle, vigilaba sus pasos para cerciorarse á dónde dormía esa noche para cumplir al día siguiente su tremendo mandato, por lo que viendo rodeada de sombras su existencia, una vez que hubo llegado á la casa de posada de la Venta, y volver

á encontrarse con Sarría, que como práctico de la montaña había dado un rodeo adelantándose, le interrogó sonriendo: «¿Usted es brujo? Le dejé á usted allá abajo y ahora le encuentro á usted aquí.» Sobresaltado Sarría al verse descubierto, le contestó: «Se me perdieron unos pliegos y subí por un deshecho á buscarlos.»

Pesando Sucre la felonía de aquellas palabras, y conociendo las intenciones del bandido con quien debía habérselas, no pudo contener su indignación y le repuso: «Usted á lo que viene es á ver si yo me hospedo aquí para perpetrar el crimen meditado.»

Los asistentes Lorenzo Caicedo y Francisco Colmenares, sargentos de caballería, obligados á ser espectadores del drama que se estaba representando con el General Sucre, se dirigieron á él diciéndole: «Vuecencia no puede medir su espada con ese hombre, pero nosotros sí. El tiene un machete y nosotros tenemos otros. No le atacaremos á la vez sino uno á uno. Si el primero de nosotros no le venciere podrá entonces

continuar su camino,» y volviéndose á Sarría, que cabalgaba en un caballo, le dijeron: «Apéese usted, coronel, que le esperamos,» avanzando Caicedo sable en mano.

Sucre al ver el riesgo que corría la vida de Sarría, se interpuso para evitar el choque, diciéndole á sus asistentes: «Están ustedes creyendo que yo pospongo mis glorias á mi venganza. Envainen sus sables; y usted, coronel, Sarría está bajo mi salvaguardia.»

Ante aquel vejamen sintió Sarría con más vehemencia en su alma desarrollarse el deseo de la venganza. Aquel insulto lo había hecho ensoberbecer, pero como la hora del crimen se aproximaba se retiró gozoso alimentando la pérfida resolución de sacrificar á su noble víctima.

El 3 de Junio de 1830, sintiendo el General Sucre el cansancio producido por la jornada de ese día exigió á García Trelles se quedasen á pasar la noche en una de las casas del sitio denominado Venta Quemada, donde se reunió al coronel Sarría el comandante

José Erazo, ambos instrumentos escogidos por Obando para consumir el asesinato.

El cuadro se anima y toma coloridos y proporciones distintas, y el héroe que en el largo trayecto que había recorrido había recibido las ofrendas del respeto y las ovaciones de la admiración, se entregó al reposo y el Angel del sueño cerró sus párpados con apacible calma. Era la última noche que debía tener de descanso sobre la tierra, y como el dolor tiene también sus fueros, su alma acongojada se elevaba hacia Dios á recibir el aliento poderoso de su Creador.

Al despuntar los primeros reflejos del crepúsculo matinal del funesto 4 de Junio de 1830, en que las furias del averno parecían regocijarse al ver aproximarse la hora fatal del héroe, emprendió su marcha el General Sucre á las 8 de la mañana, acompañado siempre de García Trelles, el cual queriendo compartir con el ilustre guerrero los azares y peligros que le amenazaban, se apareó á él, lo que advertido por Sucre, y queriendo salvarle la vida, detu-

vo su caballo, diciéndole: «García: ó se adelanta usted un poco ó se atrasa. Los fuegos sobre mí deben venir de flanco y puede usted ser herido por mi causa.» García se adelantó y antes que trascurriesen cinco minutos, oyóse la detonación de una descarga en los callejones de la montaña, recibiendo el General Sucre cuatro balazos que le atravesaron la cabeza y el pecho.

El horrendo crimen decretado por la *Sociedad Democrática* estaba consumado, para escarnio de la América y ludibrio de sus autores.

Así terminó la gloriosa carrera del Gran Mariscal de Ayacucho, víctima de alevosos asesinos! ¡Aquel hombre eminente, terror de los leones castellanos, tuvo por sepulcro la espesura de una montaña!

Los autores de este crimen fueron los miembros de la *Sociedad Democrática*, de Bogotá; el General José María Obando, que ejercía la Comandancia del Cauca, quien aceptó el encargo de perpetrarlo; siendo sus cómplices principales los comandantes Antonio María

Alvarez y José Erazo; coroneles Fidel Torres, José Gregorio Sarría, quien en persona cargó los fusiles echándole á más de las balas varios *cortados*; y Apolinar Morillo, que mandó la escolta compuesta de los soldados Andrés Rodríguez, Juan Gregorio Rodríguez (alias Peruano) y Juan Cuzco.

Con la rapidez con que se esparcen las malas nuevas, la noticia de este atroz asesinato pasó las fronteras, y en todas las poblaciones del Nuevo Mundo se hizo sentir la voz de la desaprobación; y haciéndosele regios funerales á la ilustre víctima, al immaculado Sucre, se pedía al mismo tiempo el castigo de los criminales; pero Obando, con el poder que ejercía en el extenso territorio del Cauca, se burlaba de los mandatos del Gobierno é impedía la acción de la justicia, favoreciendo á los autores del atroz delito, mientras él aparecía inocente ante la opinión pública, haciendo que las autoridades se mostrasen indiferentes ante la formación del juicio, y para mayor escarnio empleó el veneno para hacer desaparecer

á los infelices que por su orden privaron de la vida al General Sucre, respetando sólo la existencia de sus más íntimos confidentes, aquellos en quienes tenía confianza de que jamás le comprometerían; y de ahí la triste suerte que tuvo Andrés Rodríguez, quien murió envenenado en el camino de Tamínango, cuyo veneno se lo administraron en un plátano y en un calabazo de agua; Juan Gregorio Rodríguez (alias Peruano), asesinado en el cuartel de Popayán; Juan Cuzco, que murió repentinamente, también envenenado en la casa de José Erazo, guarida de los asesinos, á los pocos días de cometido el horrendo crimen; Apolinar Morillo, fusilado en Bogotá doce años después de consumado el hecho, quien exhaló su último aliento maldiciendo á Obando por haberlo inducido á ejecutar aquel asesinato; y Antonio María Alvarez, que murió en un combate.

Así fueron desapareciendo todos los esbirros del fiero asesino de Berruecos, pereciendo por orden suya en manos de sus más odiosos corifeos, y solo uno

por mandato de la justicia, expió su culpa en el patíbulo mientras el otro huyendo del castigo de las leyes, pereció de un modo desastroso en medio de una lucha estéril.

No satisfecho Obando con haber cometido tantos desmanes y atrocidades, y creyendo borrar á fuerza de sangre el *inri* de asesino grabado en su frente con caracteres de fuego, hizo pasar por las armas en Cali al capitán Luis Quintero, por el solo hecho de haber dicho en el cuartel donde estaba el batallón *Vargas*, á cuyo cuerpo pertenecía, que por mandato de Obando había sido asesinado el Mariscal Sucre, suceso escandaloso que indignó á los jefes y oficiales de este batallón, retirándose todos del servicio para no estar á las órdenes de un asesino.

Al recibir la esposa del General Sucre la dolorosa noticia de su muerte, se anonadó de tal modo, que por espacio de muchos días estuvo privada del conocimiento, Vuelta en sí, y entregada al dolor y á la desesperación, pensó en el asesino de su esposo, maldíjole, y no

satisfecha con tan tremenda imprecación, se dió á escribir á Obando una carta, la que abunda en anatemas de eterna reprobación. La noble compañera del invicto capitán, agobiada por uno de esos pesares acerbos que despedazan el alma y oprimen el corazón, por uno de esos pesares que no dan tregua al llanto, pídele en esa carta al hombre á quien ella creía culpable, los despojos del héroe que había abierto su corazón al amor, eligiéndola como eterna é inseparable amiga y depositando en ella los tesoros de su noble alma; pídele las reliquias de su entrañable afecto. Empeño inútil. El asesino no tiene poder para devolver las vidas que arrebató, y sus horas se deslizan pesadas, entregado al remordimiento de su conciencia.

Esa carta contiene enérgicos y elevados conceptos, que revelan la fibra varonil de que estaba dotada la desgraciada viuda, y alcanzó los honores de la reproducción en toda la prensa de América en 1830, sirviendo de anatema al abominable asesino de Sucre.

CARTA DE LA VIUDA DEL GRAN MARISCAL
DE AYACUCHO Á JOSÉ MARÍA OBANDO.

Estos fúnebres vestidos, este pecho rasgado, el pálido rostro y desgredado cabello, están indicando tristemente los sentimientos dolorosos que abruma mi alma. Ayer esposa envidiable de un héroe, hoy objeto lastimero de conmiseración, nunca existió un mortal más desdichado que yo. No lo dudes, hombre execrable; la que te habla es la viuda desafortunada del Gran Mariscal de Ayacucho.

Herederó de infamias y delitos, aunque te complazca el crimen, aunque él sea tu hechizo, dime, desacordado, para saciar esa sed de sangre ¿era menester inmolár una víctima tan ilustre, una víctima tan inocente? ¿Ninguna otra podía aplacar tu saña infernal? Yo te lo juro é invoco por testigo al alto cielo, un corazón más recto que el de Sucre nunca palpité en pecho humano. Unida á él por lazos que sólo tú, bárbaro, fuistes capaz de desatar: unida á su me-

moria por vínculos que tu poder malé-
fico no alcanza á romper, no conocí en
mi esposo sino un carácter bondadoso,
una alma llena de benevolencia y gene-
rosidad.

Más, yo no pretendo hacer aquí la
apología del General Sucre. Ella está
escrita en los fastos gloriosos de la Pa-
tria. No reclamo su vida: esa pudiste
arrebatarla, pero no restituirla. Tam-
poco busco la represalia. Mal pudiera
dirigir el acero vengador la trémula ma-
no de una mujer. Además, el Sér Su-
premo, cuya sabiduría quiso por sus fi-
nes inescrutables consentir en tu delito,
sabr  exigirte un día cuenta más seve-
ra. Mucho menos imploro tu compa-
sión; ella me serviría de un cruel supli-
cio. Sólo pido que me des las cenizas
de tu víctima. Sí, deja que ellas se ale-
jen de esas hórridas montañas, lúgubre
guarida del crimen y de la muerte, y
del pestífero influjo de tu presencia,
más terrífica todavía que la muerte y el
crimen. Tus atrocidades, inhumano, no
necesitan nuevos testimonios. En tu
frente feroz está impresa con caracté-

res indelebles la reprobación del Eterno. Tu mirada siniestra, es el tósigo de la virtud; tu nombre horrendo, el epígrafe de la iniquidad; y la sangre que enrojece tus manos parricidas, el trofeo de tus delitos. ¿Aspiras á más? Cédeme, pues, los despojos mortales, las tristes reliquias del héroe, del padre y del esposo, y toma en retorno las tremendas imprecaciones de su Patria, de su huérfana y de su viuda.

M. S. DE SUCRE.

Hemos probado hasta la evidencia que el abominable asesino del General Sucre, que en la emancipación de la América Española sólo cede el primer puesto á Bolívar, fué Obando, á quien la historia imparcial reconoce como un monstruo, indigno de figurar entre los grandes hombres que nos dieron nacionalidad independiente.

Como el destino dispone de la suerte de los hombres, ó mejor dicho, la Divina Providencia deja la humana criatura á merced del acaso, para expiar sus

Rasgos biográficos—12

propias faltas ó sus crímenes, vamos á hacer reminiscencia de algunos hechos de suyo extraños que sirven de complemento á estos apuntes biográficos.

El General José María Obando, célebre únicamente por sus crímenes, tenía elegante talla; fisonomía siniestra, pero hermosa, valeroso é inteligente; su gran defecto físico era la mirada torva y apagada.

En el año de 1830, el Ilustre Prócer que nos ha suministrado algunos datos sobre los acontecimientos que narramos, fué á Hayacuanquel, pueblo de la provincia de Pasto, á abrir las primeras averiguaciones sobre el asesinato del General Sucre, súpolo Obando, é inmediatamente le escribió una carta muy afectuosa invitándolo á pasar á Pasto y ofreciéndole su apoyo, las sumas de dinero que necesitase y lo que hubiera de menester para llevar á cabo la sumaria. Temeroso de correr la misma suerte de la inocente víctima de Berruecos, no aceptó aquel hipócrita y embozado ofrecimiento el Ilustre Prócer, contestándole sencillamente: «General: aun no

ha llegado el caso de aprovecharme de sus generosas ofertas.»

El año de 1853, organizado los ejércitos del Norte y Sur de Colombia, comandados por los generales Mosquera y López, á cuyas órdenes militaba el comandante Antonio José Sucre, atacaban los dos ejércitos á la vez al General Obando, Presidente de la Nueva Granada, quien se había atrincherado en Bogotá. Obando viéndose perdido, se refugió en la casa del Nuncio Apostólico. El General Mosquera, con intenciones no muy laudables, comisionó al comandante Sucre para que aprehendiese á Obando, quien se dirigió sin custodia á la casa del Nuncio. Puesto Sucre á la voz con el Prelado, éste invitó á Obando á seguir á Sucre, quien se sometió, ignorando quién era su conductor. En el tránsito preguntó Obando á Sucre: «¿Por quién tengo la honra de ser custodiado?» Sucre le contestó «Por Antonio José Sucre.» El Atila de Pasto se sorprendió al oír este apellido que tanto inquietaba su conciencia y que atormentaba las horas de su existencia.

Repuesto un tanto de la impresión que recibiera, Obando volvió á preguntar á Sucre qué parentesco le unía al Gran Mariscal de Ayacucho, á lo que le contestó Sucre: «Sobrino carnal de esa víctima de la demagogía granadina.» Obando, avergonzado, dobló el cuello y no profirió una palabra más.

Al poco tiempo de consumados éstos sucesos, estalló la revolución contra el Presidente Ospino, y entre los jefes disidentes se encontraba Obando, quien concurrió con su ejército á las sabanas de Bogotá á ofrecerle combate á las fuerzas del gobierno. Ospino destacó una división al mando del coronel Ruiz á batir á los facciosos, siendo capellán de ella el comandante Sucre, quien siguiendo la carrera eclesiástica había alcanzado la dignidad de canónigo, llegando á ser más tarde arcediano de la Iglesia Metropolitana de Caracas. Al librarse el combate que fué reñido, Obando cayó herido gravemente, y Sucre corrió en su caballo á prestarle auxilio, pero no logró otra cosa que oírlo

en confesión y darle valor para soportar la muerte.

Cuántos secretos no sepultaría en su pecho el canónigo Sucre confiados á él por el desdichado Obando! Cuántos delitos cometidos por este hombre en su larga carrera de crímenes, no serían revelados, que aun cuando han quedado vedados bajo el sagrado é inviolable secreto de la confesión, la inteligencia humana los adivina y presiente como revelación de Dios!...

El castigo de la Providencia había sido terrible y ejemplar, como lo merecía el inhumano Obando! Así discierne justicia el Poder Divino sobre la tierra! El asesino de Berruecos exhala su último suspiro auxiliado por un sobrino del General Sucre, para poder comparecer depurado de todas sus infamias á la presencia de Dios, porque en la patria de los justos no impera el suplicio! Si abominable y odioso fué el crimen de Obando, dolorosa y cruel fué su expiación!...

Educado el Mariscal Sucre por un

matemático francés y acompañado á esa escuela por el General Francisco Avendaño, hubieron de recibir las lecciones en secreto por la ojeriza de los españoles, celosos de la ilustración de los americanos.

En esa escuela é impelido de su propio genio llegó á persuadirse Sucre de que el hombre nace con un destino inexorable del cual no puede apartarse. Esta idea, encarnada en él desde muy joven, le hizo rechazar con obstinación todas las advertencias que se le hicieron para que siguiese otra vía que no fuese la de Pasto. Hé aquí explicada la festinación que condujo á Sucre á la muerte.

Cuando el Libertador se despedía de él en Quito, encareciéndole concurriese al Congreso Admirable como senador por la provincia de Cumaná, él le contestó: «Sólo por usted concurriré. Sé que su vida corre peligro, y aun cuando á la mía le espera la misma suerte, no importa si logro salvar la de usted».

Así sucedió: Bolívar logró salvarse de las celadas de la *Sociedad Democrática* y de Obando, pero Sucre, más desgraciado, pereció de una manera desastrosa en manos de viles salteadores.

El General Sucre vió expuesta su vida en diferentes asechanzas y de todas tuvo la fortuna de salir ileso milagrosamente, porque según su modo de pensar, no había llegado su hora.

Su existencia corrió riesgo de terminar en el naufragio de Chacachacare; en la emboscada de Verdeja; en el motín de Chuquisaca; en la conjuración que tramaba Luque, para caer al fin en la última celada de Obando en Berruecos.

El año de 1833, ya casada la viuda del Mariscal Sucre, con el General Barrigas, convidó éste al hermano del General Sucre, de quien nos hemos ocupado, para que fuese á Pasto en su compañía, á exhumar los restos del héroe, y dirigiéndose ambos á la terrorífica montaña de Berruecos, verifica-

ron la exhumación, depositando los restos en una cajita forrada en terciopelo negro, toda guarnecida de laureles; dicha cajita fué colocada en el templo de... sigilosamente.

El Congreso de Colombia en 1825, decretó el presente de una espada al Gran Mariscal de Ayacucho, por la gloriosa victoria alcanzada en este memorable campo: dicha espada debía llevar un escudo en el puño con las armas de la República y la siguiente inscripción en la circunferencia: «*El Congreso de Colombia al Gran Mariscal de Ayacucho, 1825*», destinándose para gastos de esta obra la suma de diez mil pesos fuertes. El señor Restrepo, ministro de Relaciones Exteriores, encargó la espada al señor Hurtado, ministro de Colombia, residente en Londres. Este se dirigió al joyero del rey para que construyese la espada, traduciéndole el decreto al inglés; el joyero emprendió la obra, pero una tarde se le antojó á Jorge IV visitar el taller de su joyero, y encontrándole ocupado le preguntó qué

1940
0461

hacia. Contestóle que construía una espada destinada al Gran Mariscal de Ayacucho, por el Congreso de Colombia. «¿Cómo es esa espada?» repúsole el rey. El joyero por toda respuesta le presentó el decreto del Congreso. El rey meditó un momento y volviéndose al joyero le dijo: «No haga usted esa espada, sino una exactamente igual á la que regalé al Duque de Wellington por la batalla de Waterlloo». El joyero hízole presente la diferencia de precio, porque la espada del Duque tenía la vaina de terciopelo carmesí, con puño, conteras y regatón de oro sencillo. Oída por el rey la explicación del joyero le replicó:

«Ponga usted del lado opuesto del escudo de Colombia el escudo de las armas de Inglaterra con la siguiente inscripción: *Mandada á hacer por el Rey de la Gran Bretaña, igual á la que S. M. regaló al Duque de Wellington por la batalla de Waterlloo.*» El joyero cumplió el encargo, y Jorge IV le mandó agregar un magnífico broche de

brillantes en los tiros, excediendo el valor de la espada á doce mil fuertes.

Antes de su muerte, el General Sucre había legado esta espada al Libertador, pero éste la dejó en su testamento á la viuda del Gran Mariscal, como un monumento glorioso que debía conservarse en la familia.

Cinco años más tarde, la viuda de Sucre regalaba esta valiosa prenda al General Ballivián, Presidente de Bolivia, quien tuvo la poca delicadeza de usarla, acción esta repugnante que indignaba al ejército boliviano.

Una tarde que en los ejidos de la ciudad de La Paz, pasaba revista el General Ballivián, á dos divisiones del ejército, mandando él personalmente la parada, perdió el compás de la marcha un soldado, y Ballivián lleno de ira, desenvainó la espada y le dió de plañazos: las divisiones hicieron alto, y el General Belzú, dirigiéndose á ellas, manifestó su indignación por el ultraje hecho á aquella joya que había pertenecido á un Bolívar y á un Sucre. Balli-

vián fué depuesto del mando inmediatamente y despojado de la espada, la cual se mandó al Congreso y se conserva hoy en el salón del Senado, en un cuadro colocado en la testa del local como un monumento nacional.

FIN DE LA BIOGRAFÍA

EPISODIOS ORIENTALES

CIUDAD-BOLÍVAR:

14 DE OCTUBRE DE 1886.

Señor Vicente Pesquera Vallenilla.

Caracas.

Estimado amigo:

Hace días me encontré entre los impresos canjeados con la GACETA OFICIAL de este Estado, un número de LA NACIÓN donde se publicó tu primer artículo sobre PIAR y San Félix. Ver tu nombre al frente de aquella publicación y hallarle interés, todo fué uno: leí, pues, con ansiedad aquellas líneas que, sin lisonja, con sinceridad llamé «Poema Épico.» Y creo no haberme equivocado al darles tan pomposo é interesante calificativo, porque de esta opinión participan aquí personas imparciales y capaces de juzgar con acierto una producción lite-

raria. Recibe, querido amigo, por esa gloria, mi más calurosas felicitaciones, y recibe también un abrazo muy cordial porque vive en tí siempre brioso el nobilísimo sentimiento del amor á la Patria cuyas glorias cantas con homérico acento al cantar los titánicos hechos de los bravos de Colombia.

La lectura de tu primer artículo me dejó anhelante por los que debían seguirle, y gracias á tu amabilidad, he saboreado esos hermosísimos frutos de tu rica imaginación, pues recibí oportunamente los cuatro números de LA NACIÓN que, con jovial esquila, me remitiste con fecha 5 del próximo pasado mes.

No por corresponder á tu fineza, que mi capital no alcanza para tanto, sino para darte una vez más, pruebas de mi confianza contigo, te remito por este mismo correo el folleto descriptivo de las fiestas públicas celebradas aquí con motivo del regreso del Ilustre Americano. En ese libro hallarás unos versos míos, de ruda forma, como la naturaleza donde ví la primera luz, y de fondo demasia-

do tangible, como lo superficial de mi inteligencia. Ojalá te agraden.

Luigi ha reproducido con mucho gusto y espontaneidad en LA PRENSA LIBERAL, tus Episodios Orientales, otro motivo de felicitación.

Tuyo siempre afectísimo amigo,

AMANDO BARAZATRE.

Amelio B. Monteiro G.

1970



SAN FÉLIX

EPISODIOS ORIENTALES

por Vicente Pesquera Vallenilla

A las pintorescas márgenes que el turbio y caudaloso Caroní besa incesante, está situado el pueblo de las Tablas, puerto principal de las regiones auríferas yuruarenses; y á algunos kilómetros más, á pocas leguas antes de llegar á la ciudad de Upata, se encuentran cubiertas de tupidos zarzales, las históricas ruinas del pueblo de San Félix. célebre en los anales patrios, por haberse librado en él uno de los hechos de armas más reñidos y sangrientos, que en territorio venezolano tuvieron lugar por la emancipación de la América Latina.

En ese sitio de grata recordación para todo corazón patriota, se conservan aún, á pesar del largo período de años que sobre ellos han pasado y los rigores de la intemperie, los cimientos que sirvieron de base por más de cuatro siglos á los monstruosos edificios que religiosos misioneros, en la época del esplendor de España, levantarán soberbios, resguardados por el escudo de Castilla y las armas de Fernando, con la firme convicción de que sobrevivirían á todas las edades y á todas las catástrofes; convicción sublime que la fe encarna al creyente que se imagina que puede ser estable sobre la tierra la obra material del hombre, sin detenerse á meditar que nada resiste á las leyes inmutables del tiempo que todo lo arrastra y devora en su carrera, para dejar la historia de lo pasado como pasto á las leyendas, que desfiguran los acontecimientos al trasladarlos á la posteridad hasta despojarlos de la seriedad con que siempre debe brillar la verdad histórica; ora revistiéndolo con galas que nunca han poseído, ora divinizándolos.

Absurdo temerario que ya no tiene cabida en la órbita de lo humano.

Sobre una extensa y dilatada planicie se hallaba situada la rica y floreciente población de San Félix, habitada por misioneros capuchinos, donde su avara codicia atesoraba fabulosos caudales para ofrendárselos á los Reyes Católicos, como tributo de respeto y sumisión á aquellos señores feudales, que subyugaban un mundo con el poder del oro y de la fuerza.

Sin que nadie los inquietase en sus pacíficos dominios, admirando una naturaleza virgen y los encantos de una vegetación maravillosa; rodeados de las tribus indígenas que les obedecían como siervos, y de todas las comodidades apetecibles, vivía dichosa y tranquila aquella legión de frailes pobladores, levantando templos y conventos monumentales, que les servían de abrigo y de defensa contra las persecuciones del indomable salvaje; y con el encendido hierro que jamás se apartaba de la pira enrojecida, estampaban en los añejos troncos de las montañas, al lado del

Signo de Redención, las reales armas de los dominadores de América, para traer á la obediencia las errantes tribus del Caroní y mantenerlas al servicio de sus soberanos.

Felices se deslizaban las horas para aquellos Ministros del Santuario en sus solitarias posiciones; días de paz y de ventura gozaban, arrullados en su sueño por el dulce canto del ave errante de las selvas americanas; y despertando al suave murmurar de los riachuelos, que se deslizaban al compás de esa música fascinadora con que celebra el bosque la aparición de la aurora, embalsamada por el aroma de los jardines de los campos, llena siempre de encantos y misteriosas armonías: y como si la Providencia les hubiese abierto las puertas de aquel nuevo Paraíso, para eterno solaz del alma y dicha del corazón, se deleitaban en las dulces fruiciones del espíritu y con los bellos ideales que brinda la esperanza en el apacible arrobamiento de la paz de la conciencia. Pero por desgracia, en el derrotero de la vida, estaba señalada la tremenda ho-

ra de su intranquilidad y sobresalto; y aquellos edificios, plantaciones y dominios, que satisfacían su ambición, debían desaparecer devorados por el fuego de la guerra que extendía sus siniestras claridades por todo el continente suramericano.

Sin temer á los distintos cambios que venía efectuando la civilización por el mundo, á causa de la completa ignorancia en que se hallaban sumergidos aquellos siervos del reino de Castilla, no se inquietaron con el grito atronador de libertad que llenaba el espacio, aclamando la soberanía de los pueblos y la igualdad y fraternidad humana, ni sintieron la horrísona explosión del gran acontecimiento político que con alas de tempestad se desencadenaba por el Universo, derribando tronos y despedazando cetros, conmoviendo el corazón de la vieja Europa y las despobladas regiones americanas; y descargándose con fiereza sobre ellos, debía tener lugar en San Félix el pavoroso drama de la Jerusalén deicida, para que no quedase de aquella población piedra sobre

piedra, sepultándolos en una horrorosa hecatombe.

Glorioso destino estábale reservado al pueblo de San Félix en aquella época de incesante agitación, antes de desaparecer del mapa. Sentían con dureza sus habitantes la opresión de los guardianes y exploradores del opulento Dorado, y llenos de sorpresa, estáticos y sobrecogidos de terror, vieron cruzar por sus calles las legiones de la libertad, que desnudas y fatigadas por las angustias y privaciones de una cruenta campaña, pero ávidas de triunfos y deseosas de combatir, desplegaban silenciosas y temibles en pos de aliento, sobre la población de San Miguel, á situar su cuartel general en la ciudad de Upata, punto escogido por el denodado Jefe que las comandaba, para darle reposo y aliviar sus quebrantos. Sin darle tiempo al enemigo que las perseguía de cerca, superior en fuerzas y recursos de todo género, viéronse en la necesidad de retroceder con rapidez asombrosa á ofrecerle el combate en las posiciones de San Félix, en cuyos muros debían

sepultarse los tercios españoles que La Torre conducía á la batalla, como en el Mar Rojo las huestes de Faraón.

San Félix es hoy un inmenso desierto con la rigidez de un cementerio, donde el eco de la fama se detiene á pregonar los triunfos alcanzados en aquella jornada felicísima, y crecen frondosos los laureles de la libertad; mientras el Angel de la Gloria cuida de los trofeos inmortales segados en aquel campo memorable, y vela por la conservación de aquellos muros, que cubiertos de verde musgo y tupidas enredaderas, guardan las venerandas cenizas de muchos de nuestros héroes que en defensa de la Patria querida, rindieron su preciosa existencia en esa gran batalla que sirvió de pedestal á Colombia la heróica, que agigantándose sobre las cumbres de nuestras empinadas montañas desafió engrandecida por su poder y el valor de sus hijos, la impetuosa ira de *los verdugos de la humanidad*.

En distintas direcciones crecen y se doblegan en San Félix, al peso del rocío matinal, mil palmas, mil laureles

inmarcesibles, que el ejército del soberbio PIAR, caudillo intrépido é indomable, émulo de PÁEZ en bravura y coraje, arrebatara á La Torre, el Jefe desgraciado que tuvo la fatalidad de presenciar en Carabobo el doloroso vencimiento de los últimas legiones ibéricas; desastre costosísimo para la Madre Patria, que perdía su poder en América y que abatió profundamente su espíritu, porque revivió en su memoria con todas las sombras del desencanto, el recuerdo tristísimo de la siempre memorable batalla de San Félix, y llevó á su alma el más amargo desgano, al convencerse de la imposibilidad en que se hallaba la Nación á quien servía, de atraer á la obediencia, encorvado al peso de sus cadenas, el mundo que le legara el genio de COLÓN.

Muchas veces, al transitar por aquel campo glorioso, nos hemos descubierto reverentes, por despertar en nuestro corazón recuerdos de profunda gratitud y veneración hacia nuestros ínclitos libertadores. Al aproximarse á aquel sitio, el alma se reconcentra y el ánimo

se sorprende como si fuese á repetirse la *brega silenciosa y solemne* que en él tuvo lugar; tal es la impresión que produce al espíritu la vista de las ruínas de San Félix, al recordar aquel duelo á muerte, encarnizado y terrible, en que PIAR, CHEPÍA, LANDAETA, VIDAL y mil más, recorrían las filas de sus soldados al grito pavoroso de *á la bayoneta!*, contrarrestados por el bravo coronel español Ceruti, jefe del batallón *Cachirí*, que ordenaba á los suyos la resistencia, también al grito terrible y pavoroso de *firme Cachirí!*; mientras el afilado acero abría anchas y profundas heridas en el cuerpo de los que en obstinada resistencia pretendieron en su demencia contener el poder de las legiones de la libertad, para hacerlas sucumbir al choque de sus armas.

Algunos amantes de las glorias nacionales han logrado desenterrar de aquellas ruínas, preciosos trofeos de tan inmortal jornada. Oxidados y cubiertos de tierra, halláronse allí fragmentos de lanzas y bayonetas, como si el Angel tutelar de América se hubiese

interesado en conservar después de tantos años, aquellas reliquias de inestimable valor, para legarlas á las generaciones que se levantan, como ofrenda de las eximias virtudes que adornaron á nuestros eminentes patricios, cuando inspirados por la sacrosanta idea de independencia, depusieron en los altares de la República sus pasiones y rencores personales, para no tener otro pensamiento que su emancipación política, y como para mantener latente en aquellas soledades los recuerdos grandiosos de los héroes que allí perecieron en sangrienta lid, combatiendo contra los ejércitos de una Nación noble y gallarda, que en días aciagos intentó detener al noble pueblo venezolano en su firme resolución de ser libre é independiente.

Sitio glorioso que inspira ese profundo respeto, mezcla de orgullo y veneración con que se envanece todo corazón republicano al visitar los campos donde han tenido lugar las victorias de la Patria, es San Félix.

En él cosechó la libertad lauros es-

plendorosos que orlaron el escudo que llevaba grabado en sus banderas en aquella cruzada redentora la América independiente; laureles que cual antorcha refulgente despiden sobre el Continente del Nuevo Mundo, esas claridades con que el fuego de la fusilería irradia los campos de batalla, cuando se disputa cuerpo á cuerpo la victoria, que no siempre cede al poder de la fuerza, para inclinarse ante la majestad de la razón y de la justicia. Esa es la ley natural cuando no la derogan los traidores.

Esas detonaciones, esos choque sangrientos de lanzas y bayonetas, que en San Félix llevaron la muerte á las filas republicanas y realistas, le abrieron de par en par las puertas de la cautiva ciudad de Angostura al ínclito BERMÚDEZ; para que en ella recobrará vida propia la libertad naciente en el seno del célebre Congreso que decretó la creación de Colombia, y la independencia de la América del Sur, y surgiera el renombrado periódico EL CORREO DEL ORINOCO, atleta poderoso de las ideas de eman-

cipación, cuyas columnas se nutrieron con las robustas elucubraciones de ZEA y ROSCIO, trasmitiendo allende los mares los triunfos de los soldados de la democracia, popularizando la doctrina liberal y haciendo conocer los méritos, virtudes y talentos de los fundadores y apóstoles de la idea republicana, que disipaba las tinieblas del despotismo, llevando la convicción á los pueblos oprimidos, de que *nada hay más grande debajo del sol que un hombre libre*, y que sólo el reinado de la democracia era posible en el hemisferio americano; llenando de asombro las testas coronadas, la imponente actitud de Colombia, sostenida y defendida por un ejército de titanes, que todo lo envolvía á su paso vencedor, echando por tierra el trono de Fernando y fundando sobre sólidas bases la República.

PIAR como guerrero, descollaba entre sus compañeros de armas, y sus implacables adversarios habían reconocido en él un genio superior que combatía y vencía sin elementos los aguerridos soldados de la poderosa Iberia. Inquieto é

indomable, con ese brío tenaz que pugna con lo imposible, y sólo acompaña á las firmes voluntades, se engrandecía en la victoria y se proyectaba en la adversidad. El cruel y rudo realista le temía como la inocente oveja á la feroz pantera. Al arrojó de sus tropas la exhausta libertad renacía entre el fragor de los combates. A su presencia de héroe se doblegaban los montes para abrirle paso á sus legiones; y ante su mirada certera que había adquirido la penetración y viveza del ojo avizor del Condor de los Andes, que divisa al través de las brumas del espacio antes de lanzarse en los horizontes sin límites de lo infinito, las tenebrosas tempestades que agitan la atmósfera, se desconcertaban las atrevidas combinaciones que la astucia de sus enemigos oponían al desarrollo de sus planes de campaña, para vencerlo en su acelerada carrera de fama y de renombre.

Su vehemente ambición, su ideal, su afán incesante, fué la fundación de la República sobre soberbios pedestales, para que se ostentase con todo el es-

plendor de grandeza que debía tener la nueva idea de redención al esparcirse y convertirse en Evangelio por el mundo de COLÓN.

Si grande fué el atrevido pensamiento que animara el valeroso genovés á lanzarse en los abismos insondables del océano, en pos de un nuevo mundo que hiciese más inmensos los límites de la tierra, grande tenía que ser también la obra que el indomable PIAR ayudaba á edificar, al pretender como guerrero llevar á cima una empresa que se tenía como temeraria é imposible. Eran dos genios, y como tales, debían concebir esos extraordinarios absurdos, que sólo su fe y su constancia pudieron convertir en realidad. Escogidos del destino en las noches felices que tuvo de inspiración la diosa de la América, para cumplir distintas misiones en la vida; pero desgraciados en sus fines, apuraron hasta agotarlo el cáliz de la amargura. Soles inmensos, iluminan un continente con el reflejo de sus glorias. Visionarios ambos. Descubridor de un hemisferio COLÓN; guerrero sobresa-

liente PIAR, debían compartir la dicha de ser amados por el pueblo americano, como hizo igual la suerte su infortunio y su calvario. El uno era la idea divinizada que perseguía los ideales de un mundo perdido en las tinieblas; el otro la encarnación personificada de Marte y Belona, soberbio y arrogante, que habitaba entre laureles y ponía en práctica la doctrina que llevó á morir á Jesucristo á la cima del ensangrentado Gólgota.

PIAR había domado á la esquiva fortuna, la que seguía inseparable los agigantados pasos de sus soldados. Su actividad no tuvo límites. Escapa milagrosamente de la cuchilla de Boves en la fiera y desastrosa derrota del Salado, y teniendo como un acontecimiento natural de la guerra aquella tremenda desgracia, redobla sus esfuerzos para volver á la lid, toma aliento, se rehace y aparece victorioso en el Juncal, cuando ya Maturín, ese pueblo de valientes, había admirado su valor y su constancia, su temeridad y arrojo, para encum-

brarse en San Félix, saludando á la cabeza de sus legiones vencedoras la República, y descollar como uno de los primeros generales de la causa de la Independencia.

Pura y legítima gloria nuestra, PIAR vino al mundo entre los muros de un convento, en medio de espirales de incienso de libertad; en aquellos días de grandezas en que las madres daban á luz titanes, alimentándolos con el bélico licor que destilaba su seno. Terciaba sus venas sangre real y formado su organismo de *médula de león*, tuvo la fiereza de la indomable raza venezolana. Desde su más temprana edad formó parte de aquella pléyade gloriosa de donde surgieron renombrados generales, jurisconsultos, científicos y estadistas eminentes; oradores de fácil decir y bellas creaciones; poetas de dulces ritmos; mariscales expertos y aguerridos; periodistas galanos y diestros en el manejo de la pluma; magistrados modelos, de vasto saber y erudición; almirantes y conspicuos ciudadanos, con que se formó nuestra nacionalidad libre é in-

dependiente; con elementos propios y de nuestra misma estirpe.

Estimadas y veneradas que sean por la Patria todas las glorias de sus hijos; levantado que sea en San Félix el monumento decretado para inmortalizar la victoria que en él alcanzó PIAR, Venezuela figurará entre las naciones del mundo como rival de Esparta, en proezas y acciones titánicas; y los que aboguen por la libertad de los pueblos oprimidos, vendrán á inspirarse en su historia, fuente de abundantísima enseñanza del valor de un pueblo que acaudilló la independencia de un continente, como iban los hombres célebres de otros tiempos al Monte Sacro á estudiar las remotas doctrinas de generaciones pasadas para afianzar sus ideas en las leyendas antiguas, eclipsadas con el resplandor de nuestras glorias.

Venezuela es una de las naciones del orbe que más ha sobresalido en valor y heroísmo, dando el ejemplo al mundo de que cuando *un pueblo quiere ser libre es invencible*, y jamás el pensamiento humano, por más que se fatigue, al-

canzará á trasladar á la posteridad las grandezas de nuestras victorias, la heroicidad con que se libraron nuestras reñidas batallas, ni la bravura con que nuestros soldados afrontaban la muerte. Para escribir la historia de un mundo que hizo libre la constancia y el valor venezolano, sería preciso que el mar se convirtiese en tinta y se refundiesen en papel los elementos existentes.

Otros pueblos con menos títulos en hechos titánicos, aparecen como inmortales, y Venezuela, donde cada árbol, cada río, cada población, cada arroyo, cada sitio, cuenta una historia de proezas y recuerda una de esas batallas sangrientas que en su extenso territorio se libraron para afianzar su nacionalidad independiente y soberana, no ha ocupado todavía en el estado de las naciones, con todo el esplendor de su fama, el puesto que le corresponde y que ha sabido conquistarle el denuedo de sus hijos que con tanta bizarría defendieron su emancipación política y sostuvieron la causa más santa por que se ha derramado sangre humana.

PIAR en alas de la fama había penetrado en el cielo de la gloria. Era un gigante, un sér extraordinario; un caudillo invencible, afortunado, temible; de vasto genio y de sobresaliente talento militar; las batallas tenían para él encantos, atractivos, ilusiones; las amaba; y la Diosa Libertad enamorada de sus gracias naturales, de sus triunfos y de su indómito valor, trenzábale con los más frondosos laureles, la envidiable guirnalda de la inmortalidad. Eran dos niños enamorados y locos: corrían á ciegas sin detenerse entre agasajos y festejos, hasta que la suerte, envidiosa de tanta dicha y de grandezá tanta, detúvole en su carrera para trocar en lágrimas las sonrisas de gozo que la Patria enorgullecida tenía en sus labios para aquel hijo predilecto.

Los resultados de la trascendental batalla de San Félix fueron inmensos para la causa de América. Los principales jefes republicanos que vagaban errantes reconcentraron sus fuerzas en Angostura y formaron el poderoso ejér-

cito que llevó victorioso el pendón de independencia á los confines del Cuzco.

Los ecos prepotentes de las dianas de la victoria de San Félix que llenaron de pavor á los realistas, resonaron de nuevo en Angostura al saludar la presencia del joven héroe. Allí recibió distintas felicitaciones de sus amigos y compañeros de armas, muestras de afecto y consideración de que ya había sido objeto de parte de BOLÍVAR.

Pero el héroe ya no tenía legiones que le obedeciesen ni ceñía al cinto el sable del general. Venía pasaportado y sin ejército; era un gigante prisionero entre anillos de acero. Para él se hacía imposible la vida sin lucha. No concebía la paz de la opresión sino como la paz de los sepulcros y debía reunir nuevas falanjes para mantener en jaque al español tenaz, y fijando sus miradas en Maturín, teatro donde tanta fama había adquirido; repasa el Orinoco que detiene sus corrientes para admirarlo; llega á la ciudad heroica y al instante organiza un cuerpo de ca-

ballería y se dá á vagar por las pampas en busca del enemigo para batirlo y arrebatárle las armas de que carecía. Su imponente actitud hacía acrecentar el prestigio de que gozaba, y á su sólo nombre se multiplicaban sus filas y recobraba su perdido imperio la idea de libertad. Inútiles esfuerzos.

En tan árduas y patrióticas faenas sorpréndele CEDEÑO, le hace prisionero garantizándole la vida, invocando los fueros sagrados de la palabra del caballero; y condúcelo á Angostura á comparecer á la presencia de un Consejo de Guerra, á rendir cuenta de falsas imputaciones. Aquel insigne calavera, despreciando la muerte y las leyes de la naturaleza, se había encumbrado á inmensa altura y debía descender por su propio peso, contrariado por el adverso destino que empezaba á trastornar sus ideas y á contenerlo en sus extraordinarios propósitos.

Sus huellas de guerrero las borraba el inmenso torbellino de arena que

arrastraba en pos de sí el furioso ciclón que se desencadenó en las vírgenes selvas del Orinoco, eclipsándose el sol que iluminaba sus horizontes, al brillo de la mirada del hombre predestinado para llevar á feliz término la obra de la independencia; y como dos tempestades que se cernían en los espacios cargadas de rayos, se chocaron aquellas dos potencias, produciendo el prolongado estruendo que dejó atónito el continente del Nuevo Mundo el año tristísimo de 1817, en que experimentaron días de dolor todos los corazones americanos, porque el coloso de San Félix desaparecía de la escena sin alcanzar la ambicionada gloria de ver afianzada la causa de la libertad á cuyo servicio había consagrado los días más floridos de su juventud. Más desgraciado que sus sutridos y valerosos soldados, no tuvo la dicha de llegar victorioso á las márgenes del Magdalena y del Rimac, ni confundirse en el estrecho abrazo de hermano que se dieron los bravos hijos de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador

Bolivia y el Perú al formar una sola nacionalidad y al agruparse en Ayacucho bajo el lábaro de Colombia para saludar la América independiente.

PIAR ve llegar la tremenda hora de su expiación con el mismo heroísmo y valor que tuvo siempre para afrontar el peligro; y con el alma desgarrada por el más cruel desengaño, sube sereno la cuesta de su calvario; se envuelve en el iris colombiano que él había hecho invencible en los combates, para que le sirviese de mortaja en su fúnebre sudario de Angostura y recibe con serenidad la lluvia de balas que le privó de la vida.

Su fosa se abrió en la cúspide del árido peñón que sostiene la ciudad gentil del Orinoco. La elevada torre de catedral le sirve de monumento, como si el dios de la desgracia hubiese necesitado de tan enorme peso para contener las palpitaciones de aquel gran corazón fundido en el crisol de la adversidad,

tantas veces respetado por el mortífero plomo de los combates.

Tal vez se hacía necesaria esa inmensa pirámide de granito para apagar las robustas elucubraciones de aquella alma de fuego, y esterilizar para siempre aquel cerebro ardiente é improvisador de ejércitos y victorias, y contener las sublimes creaciones de aquel espíritu inquieto que animó un cuerpo de acero, para que el brazo poderoso que manejó la espada que fué terror del español, no volviese á conducir sus legiones á las alturas de lo imposible.

Tal vez ese misterio que coincide y que hace pensar en la desastrosa suerte del héroe de San Félix, tenga relación con su vida de grandeza y de fabulosos hechos, porque es de creerse que en la existencia de los grandes hombres hay siempre un oculto designio que los sigue hasta la tumba con algún ruidoso acontecimiento que les dá más fama.

Su sepulcro no será removido para profanar sus cenizas. El Angel del Silencio lo custodia y la fama inmortal de

su nombre hace imperecedera su memoria de héroe y de mártir en el mundo americano.

Caracas: 4 de agosto de 1886.